COMEDIA FAMOSA.

EL MAESTRO DE ALEJANDRO.

DE DON FERNANDO ZARATE.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Alejandro.	*El Mariscal.*	*Aristóteles.*	*Un Alcayde, y músicos.*
Tabaco, Gracioso.	*El Rey.*	*Julia, Princesa.*	*Octavia.*
Elena.	*Lidoro.*	*El Infante Camilo.*	*Una Dama.*

ACTO PRIMERO.

Sale Lidoro y músicos.

Lid. EL gran Príncipe Alejandro
se levanta ahora: suenen
los instrumentos: cantad
al sucesor del Oriente.

Sale con ostentacion Alejandro, y criados, que le dan de vestir, y cantan los músicos, y sale Tabaco.

Mús. De los luceros de Octavia,
negros arpones de amor,
sale quejándose el alba,
de que se oponen al sol.

Alej. Qué mucho, si mi albedrío
esa deidad sujetó?
Ay Octavia! Proseguid:
la espada.

Lid. Bien le sonó.

Mus. Por entendimiento alumbran,
que como deidades son,
tiran al alma derechos
los rayos de dos en dos.

Alej. Mi espíritu lo dirá,
pues de esas luces vivió.
La capa: proseguid. *Tab.* Bueno:
yo llego á linda ocasion.

Mus. De sus mismas claridades
vista cobró el ciego Dios,
que ve por la voluntad
las luces de su favor.

Sale al paño Aristóteles con barba venerable.

Aris. Por Maestro de Alejandro
del Rey elegido estoy,
peligro corre la ciencia
donde falta la razon.
Quiero mirar desde aquí
este Príncipe (el mayor
que tiene el Orbe) la luz
que su espíritu sacó.

Alej. Denlos cuatro mil ducados
por el tono, letra, y voz.

Un Músico. Gran Príncipe!

Otro Músico. Es Alejandro,
que no hay mas ponderacion.

Arist. Por cantar un tono da
un señor como señor,
claro está; pero si diera
al pobre lo que les dió
á los músicos, no dudo
que fuera el tono mejor;
que no hay voz que sea divina,
si la caridad faltó.

Alej. Lidoro amigo, no oiste
esta divina cancion
en alabanza de Octavia?

Lid. Como la compuse yo,
no me toca la alabanza.

Alej. Toma este diamante. *Lid.* Son
las Musas que me inspiraron,
deidades de tu valor.

Arist. El premiar á los ingenios
es de un Príncipe blason.
Si lo escribió el poeta,
(que pocos escriben hoy)
es egemplar, que los versos,
que enseñan con atencion

á enamorar, no merecen,
ni lauro, ni estimacion.
Los que enseñan á vivir
con virtud alabo yo,
porque aquestos son escritos
á la luz de la razon,
y aquellos á la delici:
y se distinguen los dos,
en que los unos son cuerdos,
y los otros no lo son;
pero el mundo está de suerte,
que se premia lo peor.
Alej. Es publico, que yo adoro
á Octavia? *Lid.* Gran Señor,
y no hay ninguno que diga,
que por gala, y discrecion,
aunque no hubiera nacido
primogénito del sol,
que no merece de Octavia
(dejo aparte tu valor)
la celestial hermosura.
Alej. Aunque fue mi inclinacion
por hijo de Marte, siempre
aquel encendido ardor
de la guerra, mi albedrío
Octavia sola rindió.
Lid. Pues no basta tu grandeza
para abrasarse de amor
la diosa de la hermosura?
Arist. Ha lisonja! Quien te dió
entrada en el alma, puso
á gran peligro su honor.
Qué dulcemente se encanta
a la voz de este Arion
un Príncipe divertido!
Con la verdad le engañó.
Que es galan, dice Lidoro
al Príncipe, y no mintió:
pero sirve su lisonja
de capa á la adulacion;
y verdades con lisonja,
ni lo han sido, ni lo son,
pues llevan para no serlo
el engaño, y la ambicion;
esta, mentira con alma,
y aquel, fabula con voz.
Alej. Tabaco. *Tab.* Señor. *Alej.* Por qué
estando aqui no has llegado?
Tab. Señor, como estaba dado
á las musas no llegué.
Alej. Haces versos? *Tab.* Cual, y cual.
Alej. Son cómicos? *Tab.* Señor, si,
soy poeta frenesí
con locura virginal.
Alej. Viste á Octavia? *Tab.* Vi su mucha
discrecion, gala, y belleza
en esta pintura. *Alej.* Empieza.
Tab. Al vivo la pinto, escucha:
Salió Octavia, y salió el sol,
y asiéndole del cabello,
por quítame allá esas luces,
puso el dia como nuevo.
Pues qué diré de los ojos?
Es locura hablar en ellos,
pues teniendo esclavos blancos
se servian de dos negros.
Mirados á buena luz,
con linda estrella nacieron,
pues las niñas cada noche
se echan á dormir con ellos.
Las cejas negras, en blanco
vistieron el terciopelo;
y sobre nieve salian
las pestañas de los cielos.
Un clavel enano andaba
por su boca tan risueño,
que dió de mano á la boca
con el alba, cuando menos.
Como está el Príncipe, dijo;
respondí; su mal no entiendo,
en no viéndote está malo,
pero en viéndote está bueno.
Rióse con señorío,
quiero decir, con dos reinos,
porque la boca partía
con la risa los imperios.
Qué mal tiene, replicó?
Respondíle á lo discreto:
Señora, de mal de Octavia
pienso que se está muriendo.
Enternecióse, y llevando
á los ojos el lienzuelo,
(que cuando lloran las damas
se enriquecen los pañuelos)
le comunicó al cambray
á solas su sentimiento:
con que al nevado cendal,
bien á costa de su dueño,
le vino como nacido
de perlas este secreto.
Ha Señor! Si la miraras
esparcir sobre su cuello,
en dos partes dividido
el cabello, y sin aseo
volar luces por el aire
á bajar á su elemento.
Yo muchos pelos he visto,
pero tan largo, y tan bello
no espero verle jamas:
y si tú le ves, sospecho,
que te llevan aquel dia,
si tienes entendimiento,

asido de voluntad,
al cielo por un cabello.
Díjome: dile á Alejandro,
que el Rey su Padre ha dispuesto
darle á la Princesa Julia
por esposa, que el decreto
bajó ahora, segun dicen,
del solio de su consejo:
que ya le veré esta tarde,
si me concediere el tiempo
vida, para que se diga
la gravedad de mis zelos.
No pudo pasar de aquí,
porque se asomaron luego
al blanco de las pestañas
unos pedazos de cielo,
tan bellos, y tan hermosos,
que dijeron los luceros,
que son plateros del sol,
mirándolos muy atentos,
que con ser perlas tan niñas,
que no las hallaban precio.
Arist. Bien este necio ha pintado
en sus amorosos versos
á Octavia, de ingenio son,
pero es vicioso el ingenio.
Qué doctrina sacará
este engañado mancebo
desta pintura amorosa?
Animar vivos incendios
al amor; turbar el juicio,
dañar el entendimiento,
y destruir por un gusto
los reinos y los imperios.
Mucho pudiera decir
en razon de los ingenios,
pero pase por cordura
lo que se deja en silencio,
que no faltará ocasion
para decirlo á su tiempo.
Salgamos á reprimir
juveniles desaciertos,
que los discípulos viven
en cuanto duda el maestro.
Alejandro, Gran Señor?
Sale Aristóteles.
Arist. Ya, Aristóteles, culpaba
vuestra ausencia. *Arist.* Si tardaba
el deseo, no el amor,
y es facil el argumento;
porque si la imagen vive
en aquel que la recibe
por luz del entendimiento:
y vos en mi pecho estais
por lealtad, y por amor,
cuando no os veo, Señor,
en el alma os retratais.
Y es discurso prevenido,
y muy conforme á razon,
el ver por el corazon,
y no ver por el sentido.
Alej. Quedamos solos? *Tab.* No dura
la dicha con el agravio:
mil ducados este sabio
me quita de mi pintura.
Vase, y quedan solos.
Alej. Aristóteles. *Arist.* Señor.
Alej. Pues por sabio consejero
os tiene mi padre, y yo
por amigo, y por maestro,
fuerza será que me deis,
como quien sois un consejo.
Arist. Señor, el peligro está
en acertar con el bueno,
que dar consejo es muy facil;
y por mas dificil tengo
el admitirlo, que el darlo:
porque si el sabio mas diestro
le da contra la opinion
del que le pide, sabemos
que se pone á dos peligros:
uno, á disgustar el dueño;
y otro, á disgustarse á sí;
y es desgracia del sugeto,
que aplicando un defensivo,
para dar vida al enfermo,
le desprecian la triaca,
y le apliquen el veneno.
Alej. Bien sabeis cuanto os estimo.
Arist. Y vos sabeis lo que os quiero:
pero el gusto de un señor
es delicado instrumento.
Si os habeis de disgustar
del consejo, y de su dueño,
miradlo bien, porque yo
he de decir lo que siento.
Y porque templeis la ira,
si os disgustare, primero
este aviso quiero daros.
El consejo es un espejo
del sabio, miraos en él;
y sino os parece bueno,
porque os hace mala cara,
el que le dejeis apruebo;
pero no le quebreis,
que el que tiene algun defecto
en la vista, cuando mira
al cielo claro y sereno
con ser espejo del mundo,
le parece bien el cielo;
mas siempre le deja sano
dentro del entendimiento.

He me declarado? *Alej.* Sí.
Arist. Pues decid. *Alej.* Estadme atento:
Ya sabeis que fuí inclinado,
de mi heroico nacimiento,
á la guerra, y que segun
me inspira Júpiter regio,
me anima mi corazon,
me califica mi esfuerzo,
y mi valor se acredita
con los vitales alientos.
Es poco ganar un mundo;
yo juzgo que el universo
á mi grandeza, no hay duda,
le habrá de venir estrecho,
porque segun mi valor,
para que viva contento,
ó se ha de ensanchar el orbe,
ó se ha de hacer otro nuevo,
porque este que está criado,
es para mí muy pequeño.
Arist. No paseis mas adelante.
Este militar aliento,
es propio de vuestra sangre;
pero lo que os aconsejo,
que conserveis, si ganais,
que el conquistar los imperios,
mas consiste en la fortuna,
que en la fuerza, el mantenerlos
en justicia es el blason
imperial del vencimiento,
por ser mejor no ganarlos,
que ganarlos, y perderlos.
Alej. Es verdad; pero decidme,
quién dirá que este ardimiento
bélico, aqueste valor,
y este espíritu soberbio
se ha sujetado al amor?
Arist. Quien lo ha de decir? Los mesmos
que os hicieron, esos Dioses
que están en el firmamento.
Venus os da su calor.
Luego amor infunde Venus?
Alej. Yo adoro á Octavia, mas ella
que viene á verme sospecho,
y podrá impedir:: - *Arist.* Oidme:
El águila nueva, el vuelo
que da primero, es salir
á gozar de su elemento.
El padre la va guiando,
y la llama desde lejos,
porque no pierda de vista
del dichoso nido el cerco.
Enamórase del sol,
echase en sus rayos bellos,
y calándose las plumas
sobre la esfera del viento,
por introducirse rayo,
toca la region del fuego.
Llámala el padre, mas ella
por agotar el lucero,
ó no vuelve, ó vuelve tarde
á su verdadero centro.
Aguila nueva salís
del ámbito del gobierno.
Yo como padre os aviso,
y os llamo con el consejo,
el sol de Octavia mirais,
sus rayos os tienen ciego,
siguiendo su estrella vais,
llamaros es perder tiempo.
En cuanto privan los rayos,
no se admiten los conceptos;
si volviéredes al nido,
aqui teneis el maestro;
si allí está la voluntad,
aqui está el entendimiento,
ó cegaos de todo punto,
ó no me pidais consejo,
que un espíritu no informa,
cuando está sin vida un cuerpo.
Alej. Un oráculo de Apolo
por maestro me dió el cielo;
pero donde reina amor
el sabio no tiene imperio.
Sale Octavia con un pañuelo en los ojos, y Elena.
Octavia, mi bien? *Oct.* Señor?
Alej. Vos con llanto? Qué pesar
pudo el cielo disgustar?
Quién ha eclipsado el amor?
Mi bien, qué os ha sucedido?
Oct. Lo que es fuerza que sepais.
Alej. Por qué, Señora, llorais?
Oct. Señor, porque os he perdido.
Alej. Siendo mi amor inmortal,
perderme á mí no es posible.
Oct. Ser vuestra es imposible.
Alej. Qué decís? *Oct.* Estoy mortal!
Alej. Quién se me puede oponer?
Oct. El ser yo tan desdichada.
Alej. No hay desdicha, siendo amada;
vuestro soy, y lo he de ser:
quien os disgusta? *Oct.* Un rigor.
Alej. Quién le fulmina? *Oct.* Un pesar.
Alej. De dónde nace? *Oct.* De amar.
Alej. Quién lo ejecuta? *Oct.* Un traidor.
Alej. Contra quién? *Oct.* Contra mi fe.
Alej. La causa? *Oct.* Quereros bien.
Alej. Tengo yo la culpa? *Oct.* No.
Alej. Sabeis el autor? *Oct.* Sí sé.
Alej. Pues habladme claramente:
sepa yo, divina Octavia,

quien os ofende, y me agravia.
Oct. Escuchadme atentamente:
Príncipe, y Señor, querer
con finezas, y suspiros
referiros que os adoro,
que os idolatro, que vivo,
en fe del amor que os tengo,
que os debo dulces cariños,
que anteponeis á la vida
los riesgos, y los peligros,
será escusado, supuesto,
que entre dos que se han querido,
cualquier encarecimiento
es hipérbole sucinto.
Dejo á parte las finezas,
paso por los peregrinos
favores con que me honrais,
supongo los albedríos
en sola una voluntad,
no alabo los siempre vivos
afectos de nuestro amor,
que no es tiempo, dueño mio,
de traer á la memoria
pundonores tan divinos,
cuando está el honor pidiendo
remedio contra el peligro.
Habrá seis horas, Señor,
(con qué pesares lo digo!
con qué dolores lo siento!
y con qué penas lo explico!)
que el capitan de la guardia,
de parte del Rey Filipo
vuestro padre, á quien los Dioses
concedan de vida un siglo,
llegó á mi cuarto con seis
capitanes escogidos
de la guardia Macedonia,
y con secreto me dijo,
que entrase en una carroza,
que me esperaba en el cierzo,
sin que diese de mi ausencia,
ni de mi partida indicio.
Obedecíle turbada,
sin poder daros aviso,
por estar todos los pasos
cerrados con los ministros.
Entré en la carroza, y dando,
con el secreto debido,
el capitan á su gente
todo el orden por escrito,
los pegasos voladores,
ligero parto del Nilo,
en menos de media hora,
á la puerta de un castillo
me pusieron rodeada
de cien soldados Gelinos.
Por el fuerte Mauseolo
entré, cuyo obscuro sitio,
al bajar un caracol,
de la muerte retorcido,
entendí que me llevaban
al sepulcro del abismo.
Salí á una cuadra, Señor,
cuyo dorico edificio,
con un trono autorizaba
la magestad de su sitio.
Sentados en él estaban
Numancio, Fabio, y Lisipo,
Sátrapas de Macedonia,
y á su lado Federico,
de la casa de mi padre
sangriento, y vil enemigo.
Aquí, dijo en altas voces,
viene Octavia de Utelino,
duquesa, y de Macedonia
hermosísimo prodigio:
segunda Elena de Grecia,
pues tiene al Príncipe invicto
Alejandro, y sucesor
de nuestro sacro Filipo,
tan prendado, que desprecia
el sugeto peregrino
de Julia, hermosa princesa
de los Imperios de Egipto.
La desigualdad es grande,
y si el Príncipe, vencido
de su belleza, se casa,
que es ignorancia decirlo,
con Octavia, nuestro Imperio
será escándalo nocivo
de las gentes, y el remedio
mas eficaz, y preciso
es, que muera Octavia: aqui
los jueces vengativos
me ordenaron, que dijese,
si estaba por vos rendido
mi corazon, ó si vos
violentabais mi albedrío.
Yo entonces: (Aqui, Señor,
os pretendo agradecido,
os invoco generoso,
y os aclamo compasivo.)
Yo entonces, digo, llevada
de lo mucho que os estimo,
dije: Sátrapas de Grecia,
y de su Imperio ministros;
no solo quiero, idolatro,
adoro, pretendo, sigo
firme, amante, enamorada
á Alejandro; pero digo,
que los tormentos de Tebas,
las prisiones de Caylo,

los cautiverios de Persia,
las penas de los Asirios,
los incendios de Caldea,
y de Grecia los martirios,
no serán todos bastantes
á sacar del pecho mio
al Príncipe á quien venero
por amante, por benigno,
por esposo, por señor,
de potencias y sentidos.
No hube formado, Señor
el último acento fino,
cuando salió de una cuadra
un riguroso ministro
con un alfange en la mano,
cubierto el rostro atrevido.
Ejecuta, dijo Fabio,
presidente vengativo
de aquel tirano consejo,
nuestro decreto; en los siglos
no quede memoria, no,
de ese hermoso basilisco.
En este dolor, en este
impensado torbelino
de males, se turbó todo
este organizado vidrio,
latió con intercadencias
el material edificio.
A eclipse tocó la vista,
á ruinas los sentidos,
á delirios las potencias,
y los delirios á juicio.
Adónde estás, Alejandro?
Dije, con tiernos gemidos:
por ti muero, dulce dueño,
por ti me matan, bien mio,
y en las aras de tu amor
el alma te sacrifico.
Aquí llegaba mi afecto,
cuando de un culto retiro
salió, que cubierto estaba
de un rojo volante Syrio;
salió el monarca mayor,
que veneraron los siglos,
(vuestro padre) á quien el orbe
aclama el justo Filipo.
Entre justiciero, y pio,
asiéndome de la mano,
(favor que anubló el suplicio)
aquestas breves razones,
con rostro grave me dijo:
Duquesa, este horrible amago
de la muerte que habeis visto,
es de mi justicia un rasgo,
y de vuestra ruina aviso.
La princesa Julia, esposa
es del Príncipe mi hijo,
vos estorbais estas bodas,
contra el mandamiento mio.
El amor que le teneis,
es conocido delirio;
el que os tiene, vanidad
de su juventud, y el vicio.
Tomad estado, duquesa,
á vuestra sangre debido:
yo os daré esposo tan noble,
que iguale al blason antiguo
de vuestra casa: Alejandro,
de Julia ha de ser marido.
Si pretendeis el laurel,
sino cesa este cariño,
si al Príncipe no olvidais,
si dais á su amor oidos,
esta sentencia, este horror,
este amago, este castigo,
que solo tira á la enmienda,
y no ejecuta el suplicio,
por vida de mi corona,
y de Alejandro, en quien miro
la sucesion deste Imperio,
que sea en vos un prodigio
de la muerte, un desengaño
de la hermosura del siglo,
sepultando vuestra casa,
vida, estado y señorío,
en las sombras de la muerte,
ó en los reinos del olvido.
Esto dijo, y con el orden
secreto, guarda y estilo
que me llevaron, volví
á palacio á dar aviso
á vuestra Alteza, Señor,
por quien muero, y por quien vivo.
Y supuesto que los hados:
(O quien no hubiera nacido,
para articular ahora
este riguroso arbitrio!)
Supuesto, digo, que el cielo,
(no sé, mi bien, lo que digo)
que los inmortales Dioses,
de su solio cristalino,
ordenan, quieren, decretan,
mandan (tiemblo en decirlo!)
que os goce Julia (qué horror!)
que os pierda yo (qué martirio!)
que me dejeis (qué pesar!)
que me olvideis (qué delirio!)
Viva la voz en el pecho,
y muerta en el alma el brio,
os pido, os suplico, os ruego,

si con vós han merecido
tantos años de finezas,
tantos dias de cariños,
que ameis á Julia, Señor,
que os rindais á su albedrío,
que su belleza adoreis:
vuestro amor fué como el lirio,
flor que nace por ser
de las flores el martirio.
Julia os merece, Señor;
ella es princesa de Egipto,
dichosa, y yo desdichada;
segura, y yo con peligro.
Halle gracia en vuestros ojos,
y yo en los vuestros retiro;
ella prive, y caiga yo;
ella reine sin olvido,
ella os goce, y yo lo llore,
halle premio, y yo castigo.
Ella nació para amaros,
no deis disgusto á Filipo
vuestro padre, ni altereis
aquestos reinos unidos.
Lo que fue ya pasó:
ya no será lo que ha sido,
llévese el mar lo llorado,
el Fabonio los suspiros,
el céfiro los requiebros,
y el olvido los cariños.
Mi bien, mi señor, mi amante,
todo el tiempo lo ha vencido,
casaos con Julia, Señor,
que yo sola sin alivio,
sin alma, sin vida, muerta,
sin amparo, sin auxilio,
perseguida, desdichada,
antes que os vea, bien mio,
arrullar con otros brazos,
asistir en otro nido,
viviendo otra voluntad,
y seguir de otro destino,
daré mi vida á la muerte,
para que digan los siglos,
para que publique el orbe,
para que sienta el abismo,
la mas infeliz tragedia,
el mas estraño prodigio,
que vieron desde los cielos,
astros, planetas y signos.
Alej. En todo el gusto ofendido,
en toda el alma agraviado,
con justa causa admirado,
y con mayor suspendido
que co[illegible] de haberte oido;
y sobre [illegible] dolor tirano,
el mas cruel, el mas vano,
el mas ingrato tambien,
es decirme tú, mi bien,
que á Julia le dé la mano.
Todo lo que no es vivir
de tu amor, es ofender
la gravedad de mi ser,
y es condenarme á morir.
El Rey no ha de permitir,
con cesareo señorío,
violentar el gusto mio,
dedicado á tu belleza,
que la suprema grandeza
no se opone al albedrío.
Por los Dioses soberanos,
que aunque supiera perder
la vida. *Oct.* No, dueño mio,
muchos años la goceis;
mejor es que yo la pierda
por adoraros, pues es
el mayor blason quereros,
y el morir por vos despues.
Casaos con Julia, Señor,
pues así lo quiere el Rey
tenga la razon su esfera,
la magestad su dosel,
su pundonor la corona,
su cumplimiento la ley,
el estado su lugar,
y su decoro el laurel:
muera yo por infeliz.
Alej. Vos me aconsejais, mi bien,
que os pierda? *El lienzo en los ojos.*
Oct. Sí. *Alej.* Vos decís,
que á la princesa le dé
la mano de esposo? cuando
habeis de ser mi muger?
vos con llanto me pedís,
que á otra dama quiera bien?
Oct. Sí, porque si de otra manera
sé, gran Señor, que os perdeis.
Alej. Piérdase la vida, acabe
la grandeza y el poder,
mejor es, que no escuchar,
que con lágrimas llegueis
á decirme, que me case
con otra, si os quiero bien,
con llanto pedis mi muerte.
Oct. La vida os pido con él,
y la razon es muy clara,
si la quereis entender.
Alej. De qué forma? *Oct.* No habeis visto
cuando la tierra tal vez
está rebelde en casarse
con el mas florido mes,
que como es su amante el cielo,
solo al cielo quiero bien,

y que porque no peligre,
y pierda la hermosa tez,
el cielo (de compasivo)
le va alhagando cortés,
y que con llanto la ruega,
que no se venga á perder?
Pues asi yo, dulce dueño,
porque con Julia os caseis,
viendo que rebelde estais,
por ser conmigo fiel,
despido aqueste rocío,
cuyo nevado tropel
de lágrimas, derramadas
en favor de vuestra fe,
os conserven la grandeza,
y os afirmen el poder:
porque no hay en el mundo,
ni nunca lo pudo haber,
remedio mas eficaz
para ablandar de una vez
los humanos corazones,
que lágrimas de muger. *Sale Tabaco.*
Tab. Señor, que viene tu padre.
Alej. Qué dices? *Tab.* Que viene el Rey.
Elen. Con él viene la Princesa.
Alej. Mi bien, yo os veré despues.
Oct. Está bien, el cielo os guarde.
Alej. Yo, duquesa, dispondré.
Oct. Qué, Señor?
Alej Ser vuestro esposo.
Oct. Miradlo, Señor, mas bien.
Alej. Qué he de mirar, dueño mio,
cuando el alma me teneis?
Oct. Dichosa yo, que merezco
tan sublimada merced.
Ois, Señor? *Alej.* Qué mandais?
Oct. Qué en fin mi esposo sereis?
Alej. Duquesa, el alma::- *Tab* Acabemos,
que viene triunfando el Rey.
Elen. Y á su lado la Princesa.
Oct Dios te guarde. *vase.*
Alej A Dios, mi bien. *vase.*
Tab. Oyes, Elena? *Elen.* Qué quieres?
No me puedo detener.
Tab. En gran peligro estamos.
Elen. Tabaco, dime, por qué?
Tab. Amiga, si se descubre,
(como suele suceder)
que los dos habemos sido
del hábito de pequé
terceros, nos han de dar
doscientos en el embés.
Elen. Yo, hermano, nunca he llevado
un papel, ni otro papel
á mi ama, ni á tu amo.
Tab. Ama mia, yo no sé
sino que de noche andais
con el hábito en los pies
de tercera. *Elen.* Quedo, quedo,
el jardin vos le teneis
cultivado á puro embuste.
Tab. Yo el jardinero seré,
mas vos ingeris las plantas.
Elen. Mentís, infame.
Tab. Está bien:
no os hagais luego de pencas,
cuando con ella os den.
Vanse, y salen el Rey Filipo, la Princesa Julia, el Infante Camilo, y Aristóteles.
Rey. Vuestra Alteza, gran Señora,
me diga su sentimiento.
Princ. Vuestro claro entendimiento,
mi justa queja no ignora.
A casarme, gran Señor,
con el Príncipe he venido,
y es desaire conocido
de mi grandeza y valor,
que heredando, como heredo
por mi padre Julio Tyro,
el ser Princesa de Egipto,
heroico blason de Alfredo,
hallé al Príncipe prendado,
con amor tan peregrino,
de la duquesa Urelino,
objeto de mi cuidado.
Sin dar estado, Señor,
á la duquesa, sería
poner la soberanía
de mi esclarecido honor
á peligro de adquirir
un disgusto de por vida,
y á ser, zelosa homicida
la magestad del vivir.
Y supuesto que la accion
es en mí naturaleza,
y que la misma grandeza
justifica mi pasion:
déme Vuestra Magestad
licencia para partirme,
á donde el honor confirme
su imperiosa gravedad:
que mas quiero padecer
duelo en el desprecio mio,
que un zeloso desvarío,
cometa de mi poder:
que es oprobio conocido,
y no menos declarado,
venir á tomar estado
con esposo divertido.
Que la ley del pundonor
con decoro establecida,

manda, que toda la vida
viva con solo un amor.
Y si Alejandro porfia
en querer bien á esta dama,
viviendo de agena llama,
y muriendo de la mia,
no me está bien adorar
á quien no me ha de querer,
que adorar, y aborrecer,
es necedad singular.
Y asi Vuestra Magestad
apague este incendio griego,
ó cásese Octavia luego,
ó se me dé libertad.
Que mas quiero generosa,
por conservar mi blason,
morir sin esta pasion,
que vivir, y estar zelosa.

Rey. Princesa, ya he prevenido,
para este daño presente,
el remedio conveniente;
ya Octavia tiene marido.
El Infante de Sidon
Camilo, del Rey de Tiro
hijo, cuyo ingenio admiro,
por su rara discrecion,
esposo será de Octavia.
Aristóteles? *Arist.* Señor?

Rey. De la eleccion, qué sentís?

Arist. Acertada es la eleccion
si vuestra rara prudencia
la egecuta sin rigor:
llamo sin rigor, mirando
con los ojos de la union
el tiempo mas conveniente
debido á la execucion:
porque hay tiempo en que no logra
la justicia, por veloz,
por activa, y rigurosa,
el alma de la razon.

Rey. Vos sois el primer ministro
de mi consejo: vos sois
mi mayor privanza: sea
vuestro parecer el sol
desta amorosa tormenta.

Arist. Camilo viene, Señor,
ofrecedle por esposa
á la Duquesa, que yo
os diré mi pensamiento:
luego hablaremos los dos.

Sale el Infante Camilo.

Rey. Infante, seais bien venido,
que ya os culpaba mi amor.
Cómo os ha ido en la caza?

Inf. Del bosque de Macedonia
vengo, Señor, á rendiros
las gracias del superior
afecto con que tratais,
quien para servir nació
vuestra superior grandeza.

Rey. Camilo, obligado estoy
á los muchos beneficios,
que de Tiro, y de Sidon
he recibido, y pretendo
(por debida obligacion)
casaros hoy de mi mano.
La Duquesa Octavia, es hoy
de la casa de Utelino,
(sangre mia) nuevo sol:
esta mereceis, Camilo,
por su rara discrecion,
por su hermosura, y por ser
de Macedonia blason,
ser vuestra esposa.

Inf. Qué escucho! *ap.*
cuando adorando estoy,
sin que este secreto sepa
otro que mi corazon.
Señor, por merced tan grande,
á vuestras plantas estoy,
anteponiendo el afecto,
á lo que puede la voz
articular, y pues llega
á decir el corazon,
lo que ha tenido el silencio,
á la Duquesa adoró
el alma por simpatia
de las estrellas, que son
inteligencias, que imponen
leyes á la inclinacion,
preceptos al albedrío,
y finezas al amor.

Rey. Dos bodas celebrará
Macedonia con honor,
la vuestra, y la de Alejandro.

Princ. Quien sin ventura nació,
tarde su fortuna logra.

Arist. Octavia viene, Señor,
conviene que la deis parte
deste concierto, que yo
diré lo que me dictare
la lealtad, y la razon. *Sale Octavia.*

Rey. Octavia? *Oct.* Señor?

Rey. No puede
humano poder violar
el decreto singular
de los dioses, porque excede
aquel impulso divino
á nuestra misma pasion.
El Infante de Sidon
por esposo peregrino
os ofrece mi grandeza:

estimad vuestra ventura.
Princ. Merece vuestra hermosura
esta superior Alteza.
Inf. Y será inmortal en mí
este lazo superior,
como lo ha sido mi amor.
Oct. Qué desgraciada que fuí! *ap.*
Cielos, qué escucho! al Infante
por esposo me ofreceis?
Rey. Sí, Octavia, vos mereceis
tener tan dichoso amante.
Princ. Qué decís?
Oct. Que fue mi estrella
alma del afecto mio,
pues impone á mi albedrío
leyes para merecerle.
(Ay de mí!) *Rey.* Bien se conoce,
Octavia, vuestra cordura.
Princ. La nobleza se asegura
cuando el honor reconoce.
Rey. Grecia á un tiempo ha de lograr
dos casamientos, Duquesa,
el de Julia la Princesa,
y el vuestro. *Arist.* Si á egecutar
se llegan los dos, primero
se case con el Infante
la Duquesa, que á un amante
sirve de norte el lucero
que idolatra, y si se vé
en otra esfera eclipsado,
lo que fue vivo cuidado
es desmayo de su fe.
Case Octavia, gran Señor,
primero con el Infante;
este arbitrio es importante.
Rey. Está bien. *Oct.* Sirva el dolor
de apresurar á la vida
la muerte, pues la deseo.
Rey. Logróse nuestro deseo.
Princ. Su pasion es conocida.
Inf. Haga de mi dicha alarde
el corazon venturoso.
Princ. El Infante es vuestro esposo.
Oct. Qué desdicha! El cielo os guarde.
Vanse todos, y queda Octavia.
Aqui dió fin mi esperanza,
aqui mi vida acabó,
aqui murió mi deseo,
y cesó mi pretension.
Era mia, claro está
que habia de morir en flor. *Sale Alej.*
Alej. Mi bien, Duquesa, qué es esto?
Sospecho, que el Rey salió
desta cuadra: hubo consulta
en agravio de mi amor?
Qué ordenó mi padre? *Oct.* Cielos,
matadme, no viva yo:
porque no es justo que viva
quien sin ventura nació!
Alej. Qué decís? *Oct.* Qué he de decir,
querido dueño, y señor,
sino que con el Infante
mi desdicha me casó!
Alej. Quién lo ordenó?
Oct. Vuestro padre.
Alej. Es vana su pretension,
no es posible. *Oct.* No es posible?
Alej. No, mi bien, viviendo yo:
morirá el Infante, y cuantos
se opusieren con rigor
á impedir nuestro deseo.
Oct. Prive, Señor, la razon.
Oponeros al decoro
de vuestro padre, y señor,
ni lo permite el decoro,
ni lo consiente el pundonor.
El casar con la Princesa
es debida obligacion,
por quien es, y porque el cielo
asi, mi bien, lo ordenó.
Revocar este decreto
no es posible. *Alej.* Qué rigor!
quereis que me case? *Oct.* Sí.
Alej. Gustais que me case? *Oct.* No.
Alej. Declaradme aqueste enigma.
Oct. El alma lo declaró.
No habeis visto, que tal vez,
al castigar con rigor
la madrastra á un niño tierno,
articula con la voz
el nombre de madre, siendo,
por redimir el dolor,
ó malicia de la boca,
ó arbitrio del corazon?
Pues asi yo como veo,
que en esta costosa union
corre peligro la vida,
digo, que os caseis, Señor;
pero qué viene á importar
en tan penosa ocasion,
que la boca diga sí,
si el alma dice que no?
Alej. Duquesa, y pretendeis
que muera, decidme vos
que le dé á Julia la mano,
para que diga mi amor,
viendo que vuestro cariño
en olvido se volvió:
para qué es, amor tirano,
tanta flecha, y tanto sol?
Y duplicando los ruegos,
repita de nuevo yo:

tanta municion de rayos,
y tanto severo harpon?
Volved, señora, á la aljaba,
pues veis que muerto estoy.
Oct. Si reparais, dueño mio,
en mi zelosa pasion,
yo podré decir, notando
de la Princesa el rigor,
de vuestro padre el poder,
(pues son contra mi opinion:)
para quien no se defiende,
bastaba fuerza menor.
Alej. Y yo qué diré, mi bien,
oyendo con tierna voz
decir á lo que venero,
(como á deidad superior)
que la deje, y que me case?
Esto dice quien amó?
esto escucha quien adora?
Pues en esta ocasion,
en esta horrible sentencia,
(que mi estrella fulminó)
no bastaba de unos ojos
el venenoso rigor,
sino flechas de buen aire,
y rayos de condicion?
Oct. Que decís, Príncipe invicto?
asi agraviais mi valor?
asi castigais mi fe?
y asi negais el amor,
que se debe por derecho
á fe que nunca mintió?
Yo no amaros? qué locura!
Yo faltaros? qué dolor!
Vivir sin vos? qué ignorancia!
Olvidaros? qué traicion!
Sino olvida quien bien ama,
cómo puedo olvidar yo?
Alej. Pues por qué, hermosa Duquesa,
me pedís con llanto vos,
que case con la Princesa?
Por qué irritais mi valor?
Por qué despreciais mi afecto,
y mi firme inclinacion,
sabiendo, que vuestros ojos
mi culpa, y disculpa son?
y que fueron sus dos luces,
en competencia del sol,
dulcísimo laberinto,
del que en ellos se perdió?
Oct. Por qué, mi bien, porque en esta
atrevida oposicion,
en esta adversa fortuna,
aunque muera mi opinion,
aunque lo sienta mi fama,
y lo murmure mi honor,
dulcemente apetecida
idolatra una pasion,
y como por ella muera,
os ruego, que ameis, Señor,
por esposa á la Princesa,
aunque os engañe la voz,
que no es pequeña locura,
pues no la disculpa amor.
Alej. Antes moriré primero,
que le dé la mano yo.
Oct. Rayos en nublado arroja
vuestro padre. *Alej.* No observé
mi albedrío entre las leyes
severas del ciego Dios,
del enojado planeta
la dura constelacion.
Oct. Pues mirad, que nos anuncia
desde la estrella menor,
hasta el lucero mas grave,
severa disposicion.
Alej. De las injurias del tiempo
si recatando me voy,
ya anticipa su prudencia
advertida prevencion.
Y vos de mi vida impulso,
que con negros rayos, dos
haceis al sol y la luna
afrentosa emulacion.
No temais, aunque se oponga
el consejo superior
de Grecia á nuestros amores,
que he de casarme con vos.
Oct. Pues disponed de mi vida.
Alej. Esa idolatra mi amor.
Oct. La vuestra es el sol de la mia,
y luz de mi corazon.
Alej. Airosísimo peligro.
Oct. Querido esposo y señor.
Alej. Menosprecio de la vida.
Oct. Alma de la estimacion.
Alej. Permitid que las cadenas,
que tan puro amor forjó.
Oct. Ni se las atreva el tiempo,
ni la desesperacion.

ACTO SEGUNDO.

Salen Octavia y Elena.

Elen. Hasta cuando, gran señora,
el llanto te ha de durar?
Deja un poco de imitar
al alba tu hermosa aurora.
Oct. Estas, que destila y llora,
lágrimas del alma son,
Elena con la pasion
de mi encierro verdadero,

luces que alumbran primero
mi difunto corazon.
Ojos, llorad, pues que vais
aquesta noche á morir:
para qué quereis vivir,
si tan mal os empleais?
Si con el Infante dais
la muerte á todo un amor,
vestid de negro al dolor,
que en este precepto justo,
siempre el casar á disgusto,
ha sido el luto mayor.

Elen Con el Infante esta noche
te has de casar. *Sale Tabaco.*

Tab. Dónde voy?
está la Duquesa aqui?

Oct. No te turbes, aqui estoy:
qué traes, Tabaco? *Tab.* Señora,
el Príncipe mi señor,
sabiendo que soy criado
en la tercera region,
y que puedo, si yo quiero,
llevarle un billete al sol,
me ordenó que con secreto
(eso no lo diré yo)
que te diese este papel
sin ninguna dilacion,
porque importaba no menos
que la vida y el honor.
El papel es este, y porque
encontré al Emperador
Filipo, que guarde el cielo,
con su cara de leon,
y temo, que si nos ve
en este cuarto los dos,
haga de camino cuarto
con mi persona, me voy
sin respuesta, porque Julia
me ha prometido un jubon
con ducientos alamares,
vergonzosa guarnicion,
y queria hacerme de pencas
á pie, y á caballo no.
Hace como que se va.

Oct. Espera, Tabaco. *Tab.* Pienso,
que soy Tabado de olor,
y quiero serlo de humo
en esta ocasion. A Dios. *vase.*

Elen. Abre, señora, el papel,
que aunque mudo tiene voz.

Abre, y lee. Dice asi: Si en el sarao,
que por ley de Grecia al sol
en sacrificio se ofrece,
primero que el ciego amor
ate con una lanzada
uno y otro corazon,
te mandare el Rey, que des
al Infante de Sidon
la mano, responde, Octavia,
como soy tu esposo yo,
que aunque se pierda esta noche
Macedonia, con valor
sabré morir ó vencer:
Tu esposo Alejandro, A Dios.

Elen. Guarda, señora, el papel,
que la nobleza mayor
de Grecia acude á palacio;
y el Rey con la ostentacion
mayor que vieron los orbes,
á su lado el de Sidon,
Alejandro, y la Princesa
delante, zelando al sol,
vienen á esta cuadra.

Oct. Cielos,
concededme con valor,
ó la vida en Alejandro,
ó sin él, para blason
de mi honor y mi fineza,
la muerte, pues fue mayor
trofeo perder la vida,
que vivir sin gusto. *Elen.* Yo
sospecho, que aquesta noche
se descuaderna, en rigor,
á los impulsos de Marte,
todo el libro del amor.

Tocan chirimías y atabalillos, y sale Aristóteles, el Rey, la Princesa, el Infante, el Príncipe, y para danzar el sarao, el Mariscal y Damas, y si hubiere dos mejor. Las Damas se sientan á su tiempo en unas almohadas á la esquina del estrado, y toda la compañía repartida á los lados.

Arist. Si Júpiter soberano
no ampara con su poder
á Grecia, se ha de perder
con este incendio troyano.

Rey. La mayor felicidad,
aunque lo sienta el amor,
es sustentar con valor
la ley de la Magestad.

Princ. El Príncipe, con disgusto,
mal disimula sus zelos,
yo mis penas y recelos,
y Octavia su poco gusto.

Inf. La divina honestidad
de la Duquesa, asegura
su grandeza, y mi ventura
afectos de su deidad.

Alej. Aunque le pese al poder
desta regia monarquía,
ha de ser Octavia mia,

ó la vida he de perder.
Oct. Aunque la suerte homicida,
se oponga á mi señorío,
ó Alejandro ha de ser mio,
ó yo he de perder la vida.
Arist. Aqui ha de obrar la prudencia.
Rey. Aqui el poder ha de obrar.
Oct. Todo consiste en amar.
Alej. Con el amor no hay violencia.
Inf. Quién mi dicha ha de impedir?
Princ. Quién se me puede oponer?
Alej. Amor, morir, ó vencer.
Oct. Amor, vencer, ó morir,
y el mejor arbitrio es,
pues el amor me lo da;
pero el efecto dirá,
lo que se verá despues.
Rey. Nobles de Grecia, alentad
este lazo superior,
con el festivo primor,
debido á la Magestad.
Cumplid con zelo dichoso
el sarao, porque el Infante,
como verdadero amante,
le da la mano de esposo
á la Duquesa: esta ley,
por Apolo establecida,
y de Grecia recibida,
hoy confirma vuestro Rey.
Haga Lidoro la salva
al sol deste casamiento.
Lid. Tu divino mandamiento
es la luz, saludo al alba.

Lidoro. (habiéndose sentado las damas en su estrado, y el Rey, Alejandro, y el Infante en sillas) haga reverencia á los Reyes, danze, y despues saque á empezar el sarao á una dama, y como vayan los Músicos cantando, danzen de dos en dos hasta que saque el Infante á la Duquesa: ella deja caer el papel de Alejandro á su tiempo.

Mus. A las bodas felices, que el cielo
con Venus y Adonis celebra gentil,
en el solio sagrado de Delo
compiten á luces el Mayo y Abril.
Las deidades de Grecia dichosas,
que brillan luceros, y giran centellas,
con finezas del alma amorosas,
repiten auroras, y lucen estrellas.
Las mudanzas, que firmes abrazan
con coros helados volantes cometas,
estaciones se juran los regios planetas,
adonde las almas tocan perfectas.

Vuelven á repetir, hasta que danzando el Infante con Octavia, ella deja caer el papel de Alejandro, y el Infante le alza, y hacen la reverencia uno á otro, y en tanto que él le lee danzan otros dos.

Inf. Suplico á tu Magestad
cese el sarao, porque tengo
(ay de mí!) que hablarte á solas.
Arist. El Infante alzó del suelo
un papel de la Duquesa.
Rey. Alguna desdicha temo.
Alej. Qué hiciste, mi bien? *Oct.* Señor,
valerme de tu precepto;
tu papel leyó el Infante.
Alej. Cordura fue de tu ingenio.
Princ. La que nació sin ventura,
aró el mar, y sembró el viento.
Rey. Quedemos solos: no os vais,
Aristóteles, que creo,
que os he menester aqui.

Quedan el Rey, el Infante y Aristóteles.

Arist. Gran Señor, ya os obedezco.
Rey. Ya estamos solos, Infante,
decid vuestro sentimiento.
Inf. No puedo decirlo yo,
que es ofender mi respeto:
solo os digo, que mi honor
es solo de mi nacimiento,
á quien no eclipsaron nunca
los nublados del desprecio.
A la Duquesa Utelino,
fuese descuido secreto,
ó cuidado de su amor,
que sería lo mas cierto,
se le cayó este papel
de Alejandro, cuyo empeño,
en su valor es fineza,
y en mi altivez será duelo.
Leedle, y vereis por él
su firme amor, y mis zelos,
su atrevimiento, y mi agravio,
su intencion, y mi concepto.
Antes de haberme empeñado,
fuera mas justo leerlo;
por ahora solo pide
ese peligro el remedio.
Para con vos esto basta,
de vuestra casa soy deudo;
si Príncipe es Alejandro,
y heredero deste Imperio,
Infante soy de Sidon,
volved por mi honor os ruego;
y moderad de Alejandro
aquel ímpetu soberbio,
que hombres como yo no sufren
tan ciegos arrojamientos;

que si me exede en provincias,
le igualo en el nacimiento. *vase.*
Arist. Siempre temí, gran Señor,
de aquella causa este rayo,
y de aquel fuego este incendio.
Rey. Llamadme luego a Alejandro.
Arist. El viene aqui, gran Señor.
Sale Alejandro.
Rey. Vuestro parecer aprueba,
Alejandro, sin pasion:
es vuestro aqueste papel?
Alej. Todo cuanto dice en él
escribió mi corazon.
Rey. Sabeis que al Infante dí
a Octavia? *Alej.* Yo soy su amante;
y no he de dar al Infante,
lo que quiero para mí.
Rey. Qué decis? *Alej.* Que la Duquesa
de Utelino generosa,
si vos gustais, es mi esposa.
Rey. Vuestra esposa es la Princesa.
Alej. Aunque á la obediencia ajusto
las leyes de mi valor,
no habeis de mandar, Señor,
que yo me case á disgusto.
Rey. Vos quereis por la Duquesa
perder un reino triunfante?
Alej. Yo se le doy al Infante,
y case con la Princesa.
Rey. Con liberales misterios
dais lo que el valor ganó.
Alej. En cuanto viviere yo
no me han de faltar imperios.
Rey. En qué lo fundais? *Alej.* Lo fundo
en que aquesta monarquia
es para mi valentía
un solo jardin del mundo.
Este de muy buena gana
doy al Infante con gusto,
porque al primer disgusto,
se le quitaré mañana.
Y no os admire lo adverso
de la fortuna, que obrando
con valor, está temblando
de mi espada el universo.
Y si he de ganar triunfante
el orbe, en quien me retrato,
no es mucho que de barato
á Grecia le dé al Infante.
Rey. Pues cómo vuestro valor
al amor se ha sujetado?
Alej. Porque nunca es buen soldado
el que no ha tenido amor:
y si yo no lo tuviera,
no me pudiera alentar
á vencer y á conquistar
toda la redonda esfera.
Y es mi razon evidente,
y mi argumento acertado,
que al mas temido ha enseñado
el amor á ser valiente.
Arist. Haced del amor alarde,
y prudencia del valor
porque este juicio, Señor,
se ha de reducir muy tarde.
Gran Señor, la voluntad
es esfera del honor,
y no se rinde al amor
la suprema Magestad:
que aunque es acto indiferente
el usar mal del poder,
es claramente ofender
lo grave del accidente.
Querer bien, será virtud,
cuando el propio sentimiento
no ofende al entendimiento,
desluciendo la virtud.
Amor no hace monarquía,
antes por él se perdieron.
Alej. Los que amaron, no admitieron
sutiles filosofías.
Arist. Amar por inclinacion,
no es amar para ofender.
Alej. Quién os dijo, que el querer
no es alma de la razon?
Arist. Serálo cuando la fama
no peligra en el sugeto.
Alej. Nunca se pierde el discurso
por querer bien á su dama.
Arist. La mejor cria del ser,
es amar con perfeccion,
por la luz de la razon.
Alej. Eso no puedo entender:
decidme, si estoy prendado,
no he de amar y porfiar?
Arist. No señor, no habeis de amar
contra la razon de estado.
Alej. Si os quitáredes los años,
y tuviéredes mi pasion,
vos mudarais de opinion.
Arist. Saben mal los desengaños.
Rey. Basta, Alejandro:
Arist. Señor, *aparte ambos.*
si el enojo no templais,
á vos mismo os agraviais:
mirad que es ciego el amor.
Rey. Qué medio tomar se puede
en un negocio tan grave?
Arist. Lo que os puedo asegurar,
que en cuanto no se ausentare
el Príncipe de la corte,
no es posible que se aparte

de su amor. *Rey.* Muy bien decís,
pero no quiere ausentarse.
Arist. Yo os diré, en estando solos,
de que suerte será facil:
y por ahora os conviene
alguna esperanza darle,
de que ha de ser la Duquesa
su esposa: porque quitarle
con rigor deste cariño,
es alentar nuevos males,
y poner á pique el reino
de perderse, ú de alterarse.
Rey. Y si el Infante pretende
los mismos? *Arist.* Sepa el Infante
de que tratais que se ausente
Alejandro, porque case
al punto con la Duquesa:
con que templará al instante
su pasion, y sus recelos.
Rey. Vos sois político grande,
y en todo vuestro consejo
he de seguir.
Arist. Dios te guarde.
Rey. Alejandro, aunque pudiera
vuestra altivez disgustarme,
reparo que sois mi hijo;
y asi, con amor de padre,
procuro vuestros aumentos:
Aristóteles, que sabe
la naturaleza vuestra,
me aconseja que os ampares;
y que si fuere posible,
que con la Duquesa os case.
Alej. Es mi maestro, y señor,
téngolo en lugar de padre.
Rey. No os doy palabra, ni puedo
hasta saber del Infante
el estado de su amor:
solo os digo, que r pare
vuestra juventud briosa,
que es secreto importante
para lo que se pretende:
y no es bien que se declare,
y que á la Princesa Julia,
como si fuerais su amante,
por razon de estado ameis,
que yo zelaré constante
vuestra fe, porque veais
logrado un amor tan grande.
Echase á los pies del Rey.
Alej. A vuestras plantas, Señor,
teneis esta viva imagen
de amor, y obediencia. *Rey.* Alzad,
Alejandro, el cielo os guarde.
Vanse los dos, y sale la Princesa al paño.
Princ. Aqui está el Principe: honor
pues sois zeloso juez,
salgamos hoy de una vez
deste mal pagado amor. *sale.*
Alej. Aqui viene la Princesa,
quiero hacer que no la he visto.
Princ. En vano el pesar resisto.
Alej. Voy á hablar á la Duquesa.
Princ. Alejandro? *Alej.* Gran Señora?
Princ. A solas os quiero hablar:
sentaos, y mi sentimiento,
como Príncipe, escuchad.
No he de cansaros, sabiendo
que está sin gusto un galan
con dama que no ha querido;
yo seré breve, sin dar
que decir al corazon,
ni al alma que sospechar.
Vine á casarme con vos,
habrá seis meses, y mas;
años, para mi decoro;
siglos, para mi deidad;
para mi entereza agravios,
si yo me puedo agraviar.
Prendado os halle, Señor,
(que no lo podeis negar)
de la Duquesa Utelino,
disimulé mi pesar,
hasta ahora para vencer
tan grande dificultad,
con no darme por sentida,
que en llegando á declarar
una muger como yo
sus zelos, la magestad
del cielo de su grandeza,
se desliza, si no cae.
Yo en efecto, no pretendo
que por fuerza me querais,
que fuera en vos ignorancia,
lo que en mí temeridad.
No quiero que por estado
(el arrojo perdonad)
os caseis conmigo, siendo
este amor sin igualdad;
porque tener yo marido,
y Octavia tener galan,
es infamia de la vida,
y oprobio de la amistad:
que las leyes del honor
escritas con alma están
en el libro de la honra,
y no se rompen jamás.
Si á la Duquesa quereis,
con ella os podeis casar,
y no conmigo, que yo
no quiero el amor quitar.
Solos estamos los dos,

este enigma desatad,
habladme como quien sois,
sin engaño ni disfraz,
que entre zelos y desdenes,
si me decís la verdad,
vos vereis si os está bien,
como á mí no me está mal,
que yo tenga entendimiento,
y vos tengais voluntad.

Alej. Pues habló tan claramente, *ap.*
mi padre ha de perdonar,
yo no he de engañar á nadie,
que la mayor falsedad
que hace un galan cuando quiere
á una dama, es engañar
á otra, con el pretexto
de que no la quiere mal. *al paño Oct.*

Oct. Con Julia el Príncipe? Quiero
lo que tratan escuchar.

Alej. Señora, lo soberano
de vuestra sacra deidad,
merece el laurel del mundo:
pero como siempre está
nuestro espíritu pendiente
del impulso celestial
de los dioses, nuestras almas
son virtud de aquel iman.
Antes de veros, Princesa,
(mi locura perdonad)
vi á la Duquesa Utelino;
necedad parecerá,
supuesto que la habeis visto,
el quererla yo pintar,
porque delante del sol,
(aunque ella es sol oriental)
no es justo que brillen rayos
de enemiga potestad.
Porque dama que desea
que la festeje un galan,
sabiendo que quiere á otra,
aunque sea una deidad
la primera, á la segunda
le ha de parecer muy mal.
Y supuesto que yo sé,
que os tengo de disgustar,
paso el retrato en silencio,
y voy al original.
Digo, pues, que á la Duquesa,
con tan firme magestad,
le di el alma; pero aqui
delito de amor será
dar que sentir a la vuestra,
porque en esta singular
fineza con que pretendo
encarecer mi lealtad,
mi cariño y mi deseo,
parecerá vanidad
que yo lo diga sin alma,
cuando ella la tiene allá.
Yo en efecto estoy prendado
desta divina beldad,
y por esposa en el alma
está recibida ya.
Y supuesto que os he dicho,
sin embozo ni disfraz,
que adoro á Octavia, y que nunca
la he de poder olvidar.
El cielo, señora, os guarde
los años que deseais,
para gloria del imperio,
y honor de la magestad.

Oct. Bien haya tu vida, amen:
hay mayor felicidad!

Princ. Quedamos buenos?

Oct. Princesa? Señora? *Princ.* Ah
tormentos, cielos! *Oct.* Parece
que con disgusto os hallais?
qué teneis? *Princ.* Nada: yo muero
qué desdicha! *Oct.* No me hablais?

Princ. Dios os guarde: para cuando
cielos, mi muerte guardais?
muriendo me voy de zelos,
rabiando voy de pesar.

Oct. Declaróse, pero cuando
no se declaran los zelos,
pues hasta los mismos cielos
sienten cuando están amando.

Sale el Infante. Aqui la Duquesa está:
si el honor es lo primero,
sepamos si vivo, ó muero.
Vuecelencia bien podrá
condenar mi atrevimiento,
pero no la generosa
voluntad con que venero
sus virtudes poderosas.

Oct. Qué me manda vuestra Alteza?

Inf. Suplicola que me oiga,
pues le debe á mis finezas
atenciones milagrosas.
Su Magestad, que Dios guarde,
á quien debo tantas honras,
me ofreció vuestra hermosura,
como sabeis, por esposa.
Otorgó mi voluntad,
que cuando un amante adora,
ha menester pocos ruegos,
si su esperanza se logra.
En el sarao esta tarde,
con descuido, cuidadosa
me arrojasteis un papel,
saeta tan rigurosa,
que dió veneno á la vista,

y delirio á la memoria,
En él os dice Alejandro,
que á pesar del Asia toda,
habeis de ser su muger;
yo vengo á saber, señora,
si este lazo superior
vuestro corazon otorga;
porque si es de parte suya,
y no de la vuestra, goza
con el desengaño, el alma
la seguridad que ignora.
Esto pretendo saber,
porque pueda el alma sola,
ó vivir con el favor,
ó morir con la lisonja;
porque en tan grave peligro,
es confianza costosa
ignorar un desengaño,
y alhagar una deshonra.
Al paño Alej. El Infante, y la Duquesa
hablando los dos á solas!
escuchemos lo que tratan,
Oct. Que vuestra Alteza me oiga
le suplico, pues es justo,
que yo cortés le responda.
Y pues su noble accidente
con todo un desprecio lucha,
diré mucho si me escucha,
y todo muy brevemente.
Que yo idolatro á Alejandro,
y que él me adora tambien,
no es necesario decirlo,
pues se lo dijo el papel
que leyó, cuyos renglones
con el alma veneré.
El intento de arrojarle,
como se vió, á sus pies,
fue, porque haciendo mudanzas
en el sarao, ya se ve,
no imaginase que yo
las hacia por querer
casarme con vuestra Alteza,
pues nunca lo imaginé:
que como yo no podia
de palabra responder,
le respondí por escrito:
que si en los festines es
el bailar hacer mudanzas,
á mi dueño no agravié,
que como danzaba firme
el alma con buena fe,
eran con vos las mudanzas,
si las finezas con él.
Bien sé que este desengaño
no deja de ser cruel
para quien está prendado,
como vos, en querer bien:
pero si yo tengo amor,
y el amor no tiene ley,
y yo por ley de razon
amo al Príncipe, no es
sino noble el desengaño,
que desengaño cortés,
porque yo no puedo amar
lo que no puedo querer.
Que como está el corazon
prendado, como se ve,
de Alejandro, y Alejandro
es su dueño, y lo ha de ser,
no se ha de admirar ninguno,
que en este pleito fiel
mi corazon de justicia,
lleve una vida de Rey:
que vuestra Alteza merece
el soberano laurel
del mundo, nadie lo ignora;
y que puede pretender
la deidad de la hermosura,
siempre lo confesaré;
pero decirme que siga
del Rey la forzosa ley,
ni lo permite mi amor,
ni lo consiente mi fe.
Ser su esposa, no es posible;
quererle, no puede ser;
que tengo esposo, es seguro;
que me quiere, yo lo sé.
El morirá por mi amor,
yo por su amor moriré:
Julia no tiene lugar,
el Rey se cansa tambien.
Y supuesto que este amor
ha de tener mas poder,
pues estoy determinada
á morir siempre por él,
no se canse vuestra Alteza
en amar, ni pretender,
que Alejandro es mi marido,
y yo he de ser su muger.
Y con esto á Dios se quede,
que yo siempre rogaré
al cielo le dé la vida,
que su reino ha menester,
para gloria del Imperio,
y pundonor del laurel:
suplicándole que diga,
pues es discreto y cortés,
porque alivie, como cuerdo,
su pasion, y mi desden:
Arded, corazon arded,
que yo no os puedo valer. *vase.*
Alej. Con valor le responderé

la Duquesa. *Inf.* Yo he quedado
zeloso y desesperado:
mas cuándo no lo quedó,
quien ama, y está prendado
de belleza semejante?
Viven los dioses! *Alej.* Infante?
Inf. Alejandro? *Alej.* Su cuidado, *ap.*
es alma de su disgusto:
estais triste! Qué teneis?
Inf. Con la merced que me haceis,
nunca puedo estar con gusto.
Alej. No os entiendo. *Inf.* Mi pasion
muy bien se deja entender.
Alej. Esa pretendo saber.
Inf. No es esta buena ocasion,
vos la sabreis algun dia.
Alej. Haced del valor alarde,
porque para luego es tarde.
Inf. No es tiempo, ni yo podria
anteponer un pesar,
que me ha dado un desengaño,
hasta remediar el daño.
Alej. No lo podreis remediar.
Inf. La palabra que me dió
el Rey, me la cumplirá.
Alej. De su parte bien podrá,
pero de la mia no.
Inf. La ley de la Magestad
es el alma de la ley.
Alej. Esa voluntad del Rey,
pende de otra voluntad,
Inf. Pues miráralo primero,
antes de habérmela dado.
Alej. El prometió por estado.
Inf. Este estado es el que quiero,
porque quedaré muy mal,
si no logro con efecto
su palabra, y mi concepto.
Alej. Es concepto desigual.
Inf. Cómo desigual? *Alej* Infante,
hablemos claro, yo quiero,
amo, idolatro, venero,
como verdadero amante,
á la Duquesa, y por ella,
vida, estado, poderío,
sér, imperio, señorío,
perderé por defenderla;
y la magestad, la ley,
el estado, la potencia,
la justicia y la violencia,
y todo el poder del Rey,
pues la tengo merecida,
no me han de poder vencer,
porque mi esposa ha de ser,
ó yo he de perder la vida.
Inf. Pues yo solo por mi honor
á este estado me prefiero.
Alej. Sabré mataros primero.
Empuñando la espada, sale el Rey y Aristóteles.
Rey. Qué es esto? *Alej.* Nada, Señor.
Arist. No hay que examinar el daño,
sino poner por defecto,
como Príncipe perfecto,
aquel político engaño,
á quien por ley general
llama con suma destreza,
segunda naturaleza
el dominio natural.
Rey. Alejandro? *Alej.* Gran Señor?
Rey. Retiraos á vuestro cuarto.
Alej. Vuestro gusto es mi obediencia.
Rey. Y vos, hasta que Alejandro
salga de la corte, estad
en el vuestro retirado,
que yo sabré como Rey,
la palabra que os he dado
cumplir, mirando, Camilo,
por vuestro honor: retiraos.
Inf. Como á dueño os obedezco,
y como á Rey Soberano. *vas.*
Rey. En fin, quereis que Apolonio
que tiene al Persa cercado,
alce el cerco, pues sabiendo
que se retiró, Alejandro
se ausentará de la corte,
duelo haciendo del agravio.
Esto es el fin? *Arist.* Sí señor:
por la parte que el persiano
confina con vuestro Imperio,
se retire, que este daño
se remediará despues.
Rey. Ese arbitrio que habeis dado
para que Alejandro olvide
á Octavia, sino me engaño,
es contingente. *Arist.* Señor,
lo que yo tengo estudiado
aprobará quien hubiere,
como filósofo sabio,
estudiado en las escuelas.
Rey. Ejecutad todo cuanto
os distare vuestro ingenio.
Arist. Gran Señor, yo tengo dado
las órdenes convenientes,
solo falta ejecutarlo,
y lo que conviene oid.
Ya sabeis que cumple años
hoy el Príncipe, y que Grecia,
al convite celebrado,
que en público vuestro hijo
hace, Señor, en palacio,
con todo lo noble asiste:

y que por festejo raro,
las Damas, y las Princesas,
con magestad y aparato
le traen de Marte trofeos,
significando este lauro,
que Venus y Marte, Señor,
dos planetas encontrados,
que con la vista del uno
el otro ostenta milagros.
Y supuesto que este dia,
para el arbitrio que he dado,
es tan importante, vos
al templo de Marte sacro
podeis ir, para volver
cuando fuere tiempo. *Rey.* Vamos,
que pues decís que importa
al aumento del estado,
es justo que se egecute.
Arist. Sois Principe soberano,
y á los que quieren ser doctos
favoreceis como sabio. *vanse.*

Salen á poner la mesa, con la ostentacion posible, Criados, y Tabaco, y Elena que los ayuden, y los Músicos.

Tab. Cuándo, Elena, cumplis años?
Elen. Aun no los tengo medidos.
Tab. Tienes cuarenta cumplidos?
no me traes con engaños.
Elen. Aun no he visto saca muelas
en mi boca. *Tab.* Eso es verdad,
las mugeres de su edad,
siempre buscan saca abuelas.
Elen. No es mi cara muy perfecta?
Tab. Todas os poneis con vela,
sobre la cara de abuela,
cada dia cara nieta.
Elen. Infame, dime, mi cara
del tocador? *Tab.* No te acuerdas
cuando te hice una visita,
y te hallé con treinta botes,
veinte y cuatro redomillas,
tres billetes de Gualix,
seis garrafas, y una arquilla,
que te daban á la mano
barro de alguna pescina,
necesaria providencia
de los cientos de Turquía;
y que sacando albayaldos,
moro blanco de bagia,
albañil de chimeneas,
unas negras y otras tintas,
te enjalvegaste la cara,
y al cubrirla por encima,
dijo el rostro, buenas noches,
por no decir buenos dias?
Y que luego salió á plaza
el sebo, la trementina,
el buen arrebol sin sol,
la mostaza, las lanillas,
la hiel de vaca, el piñon,
el azucar, el atincar,
los cortinos y los matas,
los limoncillos, las guindas,
el vinagrilio, los huevos,
las almendras, las pepitas,
el alcanfor, el carnero,
avenate, cevedillas,
raiz de lirio, neguilla,
gallina pieta, miel vírgen,
dátiles de Berbería,
cebellicas de azucena,
vinagre, taragontia:
y que de verte tantas
infernales sabandijas,
tocaron á descomer
el estómago y las tripas?
Dime que miento. *Elen.* Villano.
Tab. Calla, que el mundo se cifra
en solos veinte y dos años
que tiene ahora de vida
Alejandro, y toda Grecia
á verte comer convida,
los oidos á las voces,
las grandezas á la vista.

Tocan las músicas, y sale el Príncipe, Aristóteles, y acompañamiento: siéntase el Príncipe á comer, y cantan los Músicos.

Music. A los años de Alejandro,
que siglos felices sean,
coronando está de luces
el Dios de la cuarta esfera.
Arist. En tan venturoso dia
debe, Señor, vuestra Alteza
hacer mercedes. *Alej.* Cantad.
Music. Mudemos de tono y letra.
Cant. A la hermosura de Octavia
saludaba el claro sol
con el clarin de sus rayos
divinas flechas de amor.
Alej. Buena letra: ahora puedo
hacer mercedes. *Arist.* Señor,
muchos nobles que son pobres,
te suplican. *Alej.* Siempre soy
amparo de la nobleza:
fuera de tener racion
en palacio, á cada uno
tres mil ducados le doy.
Arist. Qué grandeza! *Alej.* Proseguid
con la segunda cancion.
Music. De los dos floridos meses,

la Diosa de Judimion
casta corona le ofrece
luz á luz, y flor á flor.
Alej. No hay quien pida mas mercedes?
Arist. Aqui viene, gran Señor,
una lista de los presos.
Alej. Ninguno quede en prision.
Arist. Los soldados que han servido.
Alej. Mi Tesorero mayor
les dé treinta mil ducados.
Arist. Qué magestad! Qué valor!
Tocan músicas, y van saliendo con las insignias militares la Princesa, Octavia, y otra Dama, y como van llegando, digan.
Arist. Las insignias militares,
por ley de Grecia y blason,
las Diosas de Macedonia
consagran á tu valor.
Princ. Aunque zelosa, confieso
que sois valeroso joven,
segunda envidia de Marte,
primera dicha de Adonis.
Alej. Si os hirió amor con su venda,
mi afecto sus velos rompe
para ligar tus heridas,
los rayos del sol perdonen.
Oct. Es esa insignia de Marte,
por vuestra, la luz del Norte,
y los volantes de Venus
mis bien seguidos pendones.
Alej. Viven, por ley del amor,
en nuestros dos corazones
un mal vivo con dos almas,
y una ciega con dos soles.
Dam. Con diferentes afectos
mis finezas os coronen,
pues sin tirarme amor flechas
me corono de favores.
Alej. A la que llevais delante
dedico mis tiernas voces,
que los firmes troncos mueven,
y las sordas piedras oyen.
Haciéndole reverencia, al son de Músicas, se van las Damas.
Alej. Qué hermosa va la Duquesa?
todo el poder de los Dioses
se ha cifrado en su belleza.
Tab. Oyes, Señor, sus dos soles,
pueden ser soles delante
de cuarenta mil Doctores,
pues en vez de tabardillos,
van pintando corazones.
Tocan cajas y clarines.
Alej. Qué militar y bélica armonía
en tan festivo dia
incitan mi valor?
Dent. Al arma, guerra.
Alej. Tiemble el ámbito todo de la tierra:
qué es esto?
Sale Arist. Gran Señor, que Macedonia
se ha vuelto otra confusa Babilonia:
el general Apolonio,
que tuvo á Persia cercada,
amancilló del Imperio
las esclarecidas armas.
Levantó el cerco, y el Persa
con vencedoras escuadras,
viene talando la tierra:
llore Grecia esta desgracia.
Qué dirá el mundo, Señor,
si ve las fuerzas postradas
desta corona del mundo,
y deste laurel del Asia?
Qué dirá el orbe? *Alej.* Suspende,
Aristóteles, la infamia
de Apolonio, cuando el mundo
habrá menester ensancharlas,
si le acuchillo con esta
horrible del orbe parca.
Grecia vencida, viviendo
este corazon? Qué aguardan
mis soldados? Luego al punto
toque Macedonia al arma,
desencájense estos Polos
de las celestiales visagras:
aliste Marte su esfera
cuantas encendidas brasas
arden lucientes cometas,
brillan centellas con alma.
Marchen las tropas al punto,
que antes que la antorcha sacra
debana luces al mundo
en seis mansiones del alba,
he de sujetar al Persa,
sin que de sus torres altas
memoria quede, que fueron
del campo azul atalaya.
Al arma, soldados mios. *Toquen.*
Tab. No te despides de Octavia?
Ah, Señor! *Alej.* Dad orden luego,
que las legiones de guarda
marchen al punto. *Arist.* Llevóle
la naturaleza sábia. *vase.*
Tab. Quereis ver á la Duquesa?
Alej. Toca al arma, toca al arma.
Tocan cajas, y al irse sale Octavia.
Oct. Príncipe, Señor, qué es esto?
Alej Qué ha de ser, Octavia? Nada.
Oct. Mi bien, pues vos os partís
sin verme? *Tocan.*
Alej. Divina Octavia,

yo sin veros? Pero el Persa,
el clarin, la voz, la fama
me llama: llorais, mi bien!
Oct. Lloro, Señor, mi desgracia:
servia mi corazon
al vuestro con vida, y alma.
Alej. Yo con el alma, y la vida
á una gallarda Greciana,
tan bizarra como hermosa,
tan amante como amada.
Oct. No lo dicen los clarines
cuando tocaron al arma?
Ale. El honor, querido dueño,
la reputacion, la fama,
en mi corazon han sido
deste rebato la causa.
Todos, mi bien, avisaron
á las mudas atalayas
del ocio, que yo vivia
en los brazos de mi dama,
que oyó el militar estruendo
de las trompetas, y cajas.
Oct. Espuela de honor os pica.
Alej. Y el freno de amor me para.
Oct. No salir es cobardía.
Alej. Ingratitud el dejarla.
Oct. Salid al campo, Señor,
sangre vierta la campaña,
que ella me será, sin vos,
duro campo de batalla.
Alej. Advertid. *Oct.* Salid aprisa,
los soldados os aguardan,
yo os hago á vos mucha sobra,
y vos á ellos gran falta.
Alej. No me enternezcais el pecho,
todo á Marte se consagra.
Oct. Bien podeis salir desnudo
de las militares armas,
que son bronces los rigores.
Alej. Qué decís, esposa amada?
Oct. Que teneis de acero el pecho,
pues mi llanto no os ablanda.
Alej. Duquesa, mi bien, mi dueño,
tan dulce como enojada,
dadme estos brazos. *Oct.* Qué pena!
id con Dios, que ya se arranca
de mi pecho el corazon.
Alej. Qué fortuna! *Oct.* Qué desgracia!
nunca yo hubiera nacido!
Alej. Yo os empeño mi palabra
de ser vuestro, y de poner
todo el mundo a vuestras plantas,
porque con honra, y con fe::-
Oct. Yo me quedo. *Alej.* Y yo me parto:
vaya á los Persas el cuerpo.
Oct. Y vaya con vos el alma.

ACTO TERCERO.

Salen el Rey, y Aristóteles.

Rey. Triunfó al Persa Alejandro,
segun lo dice esta carta,
y con el triunfo el imperio
en mayor peligro se halla.
Por no quererse casar
con Camilo, puse á Octavia
en prision, y aunque se pierde
Grecia, del orbe envidiada,
ha de casar Alejandro
con la Princesa. *Arist.* Son tantas
las dudas, que la razon
ni se explica con palabras,
ni puede formar idea
en los secretos del alma.
Rey. Aristóteles, cerremos
la puerta á la confianza,
quede en los dos el secreto,
corra luego la palabra
de que la Duquesa ha muerto
en la prision: muera Octavia,
porque pierda la esperanza
Alejandro deste amor.
Arist Señor, el fuego que labra
el amor con el deseo,
dificilmente se apaga.
Poner á riesgo la vida
del Príncipe, á quien consagra
la sucesion del Imperio
el cielo, fuera venganza
indigna de la prudencia.
Rey. Póngase que no, la palabra
que di al Infante Camilo
de casarse con Octavia,
y á Julia con Alejandro,
se ha de cumplir. *Arist.* Si la traza,
segunda naturaleza,
en vuestra idea se halla,
qué puedo yo replicar?
Rey. El infante está en Bretaña
y yo le daré á su tiempo
parte de la confianza
que entre los dos se acredita:
y al castillo de Girona,
adonde está la Duquesa,
pues que tan cerca se halla
de la corte, podeis ir,
y á su Alcaide, cosa es llana,
le direis este secreto:
y supuesto, que de Acaya
viene el Príncipe marchando
con su gente, y la distancia
de ir, y volver es tan corta,

con inteligencia sábia
dareis nueva de la muerte
de la Duquesa. *Arist.* La varia
fortuna nunca acredita
tan peligrosa mudanza:
miradlo, Señor, mas bien.
Rey. Esto ha de ser: decretad
esta sentencia fingida,
viva inmortal en el alma.
Vos habeis de dar la nueva,
en virtud de mi palabra,
de que murió la Duquesa,
porque quede bien fundada
por vos la nueva. *Arist.* Señor,
aunque ha sido la crianza
del Príncipe ley en mí,
vos sois supremo Monarca,
obedecer á mi Rey
es lo que el cielo me manda.
Yo voy, Señor, á serviros,
pero acordaos, que esta traza
dificil tiene el efecto,
aunque es tan facil la causa.
Vase, y sale la Princesa.
Princ. Doy a Vuestra Magestad,
y á mí me le doy tambien
el dichoso parabien,
propio de mi voluntad,
De la feliz vitoria,
que contra el Persa ha tenido
el Príncipe, pues ha sido
de su dolor nueva gloria.
Pero que mucho, si fundo
en su aliento singular,
que ha de venir á triunfar
de los términos del mundo?
Rey. Esa alabanza ha nacido
del amor que le teneis,
y es justo que le alabeis,
si ha de ser vuestro marido.
Princ. Es mi estrella tan cruel,
que no habiendo en mi mudanza,
pone á riesgo la esperanza,
siendo la fe tan infiel.
Rey. Pues vos habeis de dudar,
estando Octavia en prision,
la debida posesion?
Princ. Es dificil de mudar
el amor, si es verdadero,
en sugeto aborrecido,
que le transforma en olvido
en que se adquiere postrero.
Tocan cajas, y clarines, y dicen dent
Viva el invicto Alejandro,
hijo del sacro Filipo,
Príncipe de tres Imperios.
Otro. Viva. *Rey.* El Principe ha veni
y en instrumentos marciales,
con laudes de Marte vivos,
el orbe le hace la salva.
Dentro instrumentos.
Princ. Y ya en ecos repetidos
la armonía soberana,
Filomena de los siglos,
le aclama Adonis de Grecia.
Dentro la Música.
Mús. Viva el rayo de Filipo,
el sucesor del oriente,
que al Persa deja vencido:
inmortal su nombre sea
entre los dioses divinos.
En el templo de la fama
le ofrezcan en sacrificio.
laureles Jupiter regio,
Marte triunfos peregrinos.
Trinidad esferas, repartid zafiros,
que viva la diestra,
que triunfe el invicto
brazo poderoso del sacro Filipo.

Va saliendo acompañamiento de soldados, y detrás Alejandro, y Tabaco.

Alej. Por aliento de Jupiter sagrado
en la grandeza vuestra colocado,
merezca mi obediencia, *Arrodillase.*
de amor inteligencia,
el besaros la mano.
Rey. Siendo de Marte rayo soberano.
el trono militar, el quinto solio
será de vos eterno capitolio:
levantad á mis brazos. *Levántese.*
Alej. Con tan dichosos lazos
será inmortal mi vida:
Vuestra Alteza deidad esclarecida,
Planeta superior de las beldades,
y honor de las eternas Magestades,

me dé á besar su mano.

Princ. A la diestra de Marte soberano,
contra esfera será,
si bien dichosa,
el alma generosa:
esa os dedica, en fe de mi albedrío,
el justo afecto mio.

Alej. Qué novedad altera mi trofeo
el impulso mayor de mi deseo?
La Duquesa Utelino,
sol de mi amor divino,
con la Princesa no ha venido á verme:
disimule mi amor, que es ofenderme
culpar zeloso al sol
de que ha faltado
con su luciente luz á mi cuidado.

Rey. Quedó vencido el Persa?

Alej. De Sidonia
puse cerco, Señor, á Babilonia,
y asaltando sus dóricas almenas,
atalayas del sol, de rayos llenas
se cerró, con la fúnebre armonía,
el luminoso párpado del dia.
A Susa pasé luego,
llevando la ciudad á sangre y fuego:
recogieronse al fuerte de Virigo
los soldados, Señor, del enemigo.
Cerqué, sobre la inmensa pesadumbre,
aquel rayo de Marte, que en la cumbre
del epiciclo propio de la luna,
inmortal su fortuna
hizo por breves horas.
Llegaron nuestras huestes vencedoras,
trepando á las murallas,
y apenas coronarlas
pudieron de alentados corazones,
cuando se tremolaron sus pendones.
Desmontéle el altivo promontorio,
y dando vuelta al sacro consistorio,
ó al templo de Diana,
me puse sobre el fuerte de Brizana,
que en los confines de los Caspios montes
beben del sol los claros horizontes.
Los flecheros Brisones,
asaltando los bélicos balcones,
á un tiempo dispararon de la cumbre
una nube de dardos, que alumbrando,
del délfico planeta se opusieron;
tan diestros anduvieron,
que al bajar por los rumbos sucesivos
los clavaron en troncos medios vivos.
El fuerte se abrasó, y tributarios,
quedaron los Siarios,
los Caspos, los Citones,
los Medeos, y Sidones;
y los fieros montes de la Hircania,

alimentados de la sangre humana.
El imperial egército, pasando
los términos, cortando
la region de Babel, se puso luego
sobre la corte del Persiano ciego,
á quien el Tigris baña,
y talando su pérsica campaña,
en diez y siete dias la rendimos,
preso su Rey trujimos,
incorporando á tu sagrado Imperio,
desde el monte Cipro, al monte Berio.
Veinte y cinco ciudades conquisté,
siete naciones bárbaras domamos,
quedando el nombre de Filipo solo,
del uno al otro Polo,
grabado en los Anales
de esas láminas sacras imperiales.
Y asi, conquista, emprende, solicita,
tala, reforma, da, castiga, quita,
postra, rinde, sujeta, alaba, sigue, abona,
pues no puede haber quien te lo estorbe,
gima el mar, tiemble el Sur, caduque el orbe.

Rey. De nuevo mis brazos sean
lazos de la estrella suma,
que alienta mi corazon,
que mis blasones ilustra.

Sale Aristóteles.

Arist. De mi obediencia forzado
vengo á ponerme á la furia
de una juventud soberbia.

Alej. Aristóteles? *Arist.* No duda
mi lealtad de las fineza,
con que vuestra Alteza Augusta
favorece mis afectos,
por la suerte importuna.

Rey. Aristóteles, qué es esto?
quién vuestras canas disgusta?
qué ha sucedido? *Arist.* Señor:
no sé yo como articula *Llorando.*
palabras el corazon.

Alej. Ahora desdicha anuncia
esta suspension llorosa,
aquesta elocuencia muda.

Arist. En el teatro del orbe
hoy quiso por ley injusta,
ostentar severamente
sus decretos la fortuna.
A los jardines de A aya
la soberana hermosura
de Octavia.

Alej. Qué escucho, cielos!

Arist. A quien el Mayo dibuja,
fue, que las flores, Señor,
de la vida mas segura,
si viven al alba, mueren
entre la noche confusa.
Eclipsado salió el sol,
revuelto en sombras caducas,
y entre trémulos desmayos,
mal rebozada la luna.
Melancólica, bajóse
por una alameda adusta,
de unos cipreses, que fueron
del mar atalayas mudas.
De ver su tristeza el agua,
que por los pinceles cruza,
en parasismos de nieve,
sino se hiela, se turba.
Divertianle sus damas
con músicas que no gusta,
cuya armonía ajustaban
los facistoles de pluma.
Calaronse por el viento
algunas aves nocturnas,
esploradoras cobardes
de lóbregas sepulturas.
La bellísima Duquesa
se sentó sobre unas murtas,
mirando de un arroyuelo
la bien deslizada fuga.
Sobrevínole un desmayo,
mensagero, que articula,
con sus luces apagadas
la sentencia mas segura.
Volvió dél, articulando
entre palabras confusas:
yo muero, valedme, cielos!

Alej. La Duquesa?

Arist. Sí, en urna
de nieve, la blanca rosa

perdió la color purpúrea.

Alej. Octavia ?

Arist. Sí, gran Señor:
acudieron las confusas
damas que la acompañaban,
á invocar las luces sumas,
fue por instantes (qué horror!)
el accidente (qué injuria!)
creciendo, y fue de manera,
que aquella alba hermosa y pura,
aquella viviente flor,
aquella aurora divina,
en un instante quedó
toda la color difunta,
sin aliento los vitales,
sin ornato la hermosura,
sin rayos de luz el sol,
y sin resplandor la luna.

Alej. Murió la Duquesa, cielos?

Rey. Quedóse una estatua muda,
Alejandro, obre el valor:
Príncipe, lo que pronuncian
desde su esfera los dioses,
sentencias son que se ajustan
con las leyes inmortales.
Donde la Princesa Julia
está, no pueden reinar
inferiores hermosuras.
Descansad, porque se logre
de vuestra victoria augusta
el triunfo: vamos, Princesa.

Princ. El sentimiento, no hay duda,
viendo muerta á la Duquesa,
que el corazon me atribula;
pero si es orden del cielo,
ahora podré segura
ser esposa de Alejandro.

Arist. Cumplí vuestra ley augusta.

Rey. La cumplisteis de manera,
con la fúnebre pintura,
que aun yo creí que era muerta
la Duquesa.

Arist. Como cumpla
de su Rey el mandamiento
el vasallo, no le culpa
el engaño, porque nace
del ingenio la cordura. *vanse.*

Tab. Ah, Señor ?

Alej. Quién llama ?

Tab. Tabaco, yerba maluca,
tan sonada por el orbe,
como la mala ventura,
pues te ve haciendo una sarta
de mundos, para que engullas,
Júpiter, pues los Imperios
los tragas como granuja.
Ten valor para llevar
la ausencia de la mas pura
deidad, que formó de estrellas
la Diosa de la hermosura.
Sí, murió Octavia, Señor,
supla la Princesa Julia. *Dale.*

Alej. Calla, villano.

Tab. Matóme,
porque me dió por la nuca.
Mala lanzada te den
á mano que tanto es dura.

Alej. Cielos, cómo no turbais
esas centellas diurnas ?
Octavia muerta, y yo vivo?
Segó la muerte caduca
la mejor flor de la tierra,
de los cielos la luz pura,
la perla del mejor nacar,
y el sol de la esfera suma.
Ya se eclipsó de mis ojos
la viviente antorcha, en cuya
sagrada llama, era Fenix
esta vida ya difunta.
Ya no he de verte, beldad,
con que los dioses se ilustran:
ya no he de gozar, Octavia,
de tu divina cordura,
de tus cariños constantes,
de tu gravedad augusta,
de tu beldad soberana,
y peregrina hermosura.
Asi, mi bien, te ausentaste ?
Asi, esposa, honesta y justa,
dejaste, á quien idolatra
la deidad que el cielo ilustra ?
O rosa, que deshojada
fuiste á la aurora purpúrea!
O dulce paloma alada,
que volando á las cerúleas
campañas de fuego y nieve
las llamas de amor apuras!
Qué importa que me corone
de imperio la llama rubia,
ni que de mi nombre tiemblen
las naciones mas adustas,
si al alma le falta aquella
que fue en la dorada cuna
del sol el movil primero
de mis potencias augustas ?
Pero ya adivina el alma,
por seguras congeturas,
quien dió muerte á la Duquesa.
La razon de estado injusta
me quitó mi amada esposa,
porque casase con Julia.
Tirana ley, este lazo,

esta amorosa coyunda
rompió, á pesar de los dioses,
que las voluntades juntan.
Irritado el Rey mi padre
de la pretension mas justa,
que vió el robador de Dafne,
hizo á mi amor esta injuria.
El consejo fue cruel,
de Aristóteles, sin duda
política, que fue siempre
mina, que voraz anula
con el fuego del estado,
la ignorancia mas segura.
Qué aguardo, que á la venganza,
hidra ardiente de mi furia,
no acudo, cuando me llama
de aquella inocente justa
la sangre! Piérdase Grecia,
salga la Princesa Julia
de Macedonia, y turbada
esta máquina confusa,
delire á ruinas su nombre,
caduque á mortales furias
este Imperio, y vierta el alma
esta nociva cicuta,
este fuego que me abrasa,
zeloso ardor que trabuca
las potencias racionales
que los sentidos ilustran.
A mi esposa dieron muerte,
ya sus luceros no alumbran
mi espíritu, ya apagaron
aquellas antorchas puras
de Diana: loco estoy!
Tab. Señor, ahora se usa.
Alej. Sabes tú quién le dió muerte
á mi esposa?
Tab. Ya caduca.
Si señor, que la mataron
porque te cases con Julia.
Alej. Quién la mató?
Tab. Quién? tu padre,
por no ser suegro: eso dudas?
Pues tu maestro.
Alej. Ese fue
el alma de aquella junta.
Tab. Es filósofo sin alma,
que pocos de ellos la usan.
Alej. Yo me abraso.
Tab. Yo me quemo.
Alej. Etna arrojo.
Tab. Yo furias.
Alej. Arda Grecia.
Tab. Arda Bayona.
Alej. Muera luego.
Tab. Lleven tunda.
Alej. Muera Aristóteles.
Tab. Muera,
por maestro de difuntas.
Alej. Aras haré al capitolio.
Tab. Serás un rompe colunas.
Alej. Ya por esta puerta, cielos!
que secretamente oculta,
al cuarto de la Duquesa
pasaba, queda difunta
de luz: por aqui solia
venir la aurora colura.
Tab. La palomita de Venus.
Alej. La deidad de la hermosura.
Tab. La corderita volando.
Alej. La castidad de la luna.
Tab. La pésome asi, que llueve.
Alej. La magestad mas augusta.
Tab. El angel mas humanado.
Alej. Qué horror! Qué pesar!
Tab. Qué angustia!
Alej. Qué muerte!
Tab. Qué disparate!
Alej. Qué crueldad!
Tab. Y qué locura!
Alej. Memorias, matadmé luego.
Tab. Volvióle otra vez la furia.
Señor, mira que te matas,
y que no hay en Grecia un cura
por un ojo de la cara.
Médicos hay que te curan,
y que por darles el pulso,
te darán la sepultura.
Alej. Di á la guarda, que ninguno
entre á verme.
Tab. Ya se enluta.
Alej. Saca luces.
Tab. Aqui están.
*Pónense luces, bufete, recado de escribir
y vase Tabaco.*
Alej. Vete luego.
Tab. Voime á obscuras.
Alej. A mis capitanes quiero
escribir, que mis soldados
en Sipra estén alojados:
vengar este agravio espero.
Los cómplices atrevidos
castigaré, de tal suerte,
que sea espanto su muerte
de los Griegos, y los Gidos,
pues malogró mi esperanza
su rigor para pagar
esta llama singular,
sea incendio la venganza.
Asi quiero escribir
á Cesar; y á Octaviano:
vaya lineando mi mano

los renglones del vivir.

Pónese á escribir, y salen por una puerta Octavia, y un Alcaide.

Oct. Alcaide, vuestra lealtad,
en riesgo tan conocido,
sabrá premiar Alejandro.

Alc. El Emperador Filipo,
como os he dicho, ordenó,
(que fue riguroso arbitrio)
que corriera la palabra
desde Macedonia á Egipto,
de que erais muerta.

Oct. Ya sé
lo que os debo, Federico:
hablar pretendo á Alejandro,
para que sepa que vivo
en virtud de sus finezas,
luego volveré al castillo,
para asegurar el orden
que teneis.

Alc. Mi vida fio
de vuestra grandeza.

Oct. Yo
por esta parte he venido,
porque de mi cuarto tengo
las llaves: cielos, qué miro!
escribiendo está Alejandro.

Alej. Parece que siento ruido:
quién es?

Oct. Mi bien, Alejandro?

Alej. Es ilusion del sentido?
es Octavia?

Oct. Sí, yo soy,
que vengo desde el castillo,
á donde he estado en prision,
á decirte, esposo mio,
que vivo, que el Rey tu padre
con este engaño ha querido
casarte con la Princesa.

Alej. Con el alma te recibo,
esposa, mi bien:
es sueño? Qué vives, dueño querido?

Oct. En virtud de que te adoro
ha vivido mi albedrío.

Alej. Ahora venga la muerte.

Oct. Al Alcaide Federico
se debe aquesta fineza.

Alc. Mi vida te sacrifico.

Alej. Premiaré vuestra lealtad,
pues con valor habeis sido
el iris desta tormenta.

Alc. Por vos es gloria el peligro.

Oct. Señor, vuestro padre airado,
porque al Infante Camilo
negué la mano de esposa,
me envió presa al castillo
de Girona, donde es fuerza
que vuelva con Federico,
para asegurar al Rey.

Alej. Mi bien, lo que determino,
pues permitieron los dioses,
que mis ojos hayan visto
el ídolo que venero,
y la imagen por quien vivo,
es disimular mi agravio,
no darme por entendido
de que vivís, alentar
la pretension de Filipo
mi padre, ganar á un tiempo
los corazones altivos
de mis fuertes capitanes,
y el sacro laurel invicto,
que ha de coronar mi frente
en los venideros siglos,
dedicarle.

Oct. A quién? *Alej.* A vos,
adorado dueño mio.

Oct. Bien debeis á mis finezas
ese afecto peregrino;
y porque pueda venir
el Emperador Filipo,
vuestro padre á visitaros,
quiero volver al castillo,
que yo volveré, Señor,
con este secreto mismo
á veros, y á consultar
el remedio mas preciso.

Alej. Aunque sé que ha de costarme
este fogoso retiro,
el disgusto, que procede
de vuestro agravio y el mio;
antepongo vuestro honor
á gusto de los cariños,
que entre dos amantes logra
la fe de un casto designio.

Oct. En vano se cansa el Rey
pretender á un albedrío,
que es prisionero de amor,
pues vos le teneis cautivo.

Alej. Si se transforma quien ama
en el sugeto querido,
yo vivo sin libertad,
pues muero de lo que vivo.

Oct. Si viniere la Princesa,
advertid, dueño querido,
que si nació para amaros,
yo nací para serviros.

Alej. Vos dudais de mi firmeza,
sabiendo lo que os estimo?

Oct Como nací desgraciada,
sin dicha mi estrella sigo.

Alej. Si Alejandro es vuestro esposo,

qué temeis ?

Oct. Nació de Egipto
Princesa Julia, Señor,
yo Duquesa de Utelino.

Llorando.

Alej. Llores, mi bien ?
Oct. No señor.
Alej. Con suspiros el sol mismo ?
con lágrimas la aurora ?
Advertid.
Oct. Nunca habeis visto
cuando arrancan un clavel
del tronco donde ha nacido,
que al gemir la verde rama,
y al dar el postrer suspiro,
enseña de que lo siente,
del alba arroja el rocío ?
pues asi mi corazon,
viendo que sus enemigos
le quieren sacar del pecho
el alma con que ha vivido,
de lo interior de los ojos
arroja aqueste rocío,
cuyo elevado elemento
es á fuerza de suspiros,
aljofar que le desata
del clavel de su cariño.
Alc. Aristóteles, Señor,
viene aquí.
Oct. Lo que os suplico,
que no olvideis mis finezas.
Alej. De ellas pende mi albedrio.
Oct. Pues en esa confianza.
Alej. Será mi amor peregrino,
Oct. Será mi afecto dichoso.
Alej. Admiracion de los siglos.
Oct. De los amantes egemplo.
Alej. De los laureles prodigio.
Oct. Para que publique Grecia.
Alej. Desde Macedonia al Nilo.
Oct. Que solo á Alejandro adoro. *vase.*
Alej. Yo á la Duquesa Utelino.
Aristóteles ha sido
quien dió este consejo al Rey,
política, cuya ley
ha fulminado el valído.
Aristóteles ?

Sale Aristóteles.

Arist. Señor ?
(Aqui importa la prudencia.)
Alej. Valeos de vuestra ciencia
contra mi justo dolor.
Arist. No hay ciencia contra el poder
que se ciega con razon
de una amorosa pasion.
Alej. Yo he llegado á conocer,
que vuestra ciencia me agravia.
Arist. A vos no os puede agraviar
la deidad mas singular.
Alej. Vos disteis la muerte á Octavia.
Arist. Yo, gran Señor ?
Alej. Sí.
Arist. Mirad,
que soy del honor espejo.
Alej. El Rey, por vuestro consejo,
(esta es segura verdad)
á Octavia puso en prision,
y por materia de estado,
dejó su sol eclipsado;
pero sabrá mi pasion,
de aquella deidad sagrada,
rayo de mejor oriente,
vengar la sangre inocente
con los filos de mi espada.
Arist. No habreis, Señor, conocido
al hombre que os ha criado.
Alej. Del Rey estoy agraviado,
y de vos muy mal servido.
Arist. Yo nunca puedo servir
mal, si me ajusto á la ley,
porque quien sirve á su Rey
es lealtad hasta morir:
de mí la obediencia aprende
á servir al superior.
Alej. No es de buen maestro de honor
el que al discípulo ofende.
Arist. Mi consejo nunca dió
aliento á la tiranía,
que el vapor se opone al dia,
pero nunca le eclipsó.
Alej. Vuestro consejo fue ley
del estado, y no fue sabia,
pues le dió la muerte á Octavia.
Arist. Yo solo sirvo á mi Rey.
Alej. Luego ya habeis confesado,
que fuisteis el movedor
deste criminal error ?
Arist. Yo sirvo como criado.
Alej. Luego aquel sol inocente
no murió con pena igual
de su muerte natural ?
Arist. Murió de humano accidente.
Alej. Los consejos interiores,
aunque tan secretos fueron,
los cielos los descubrieron,
no trato de los traidores,
que yo sabré conocellos,
y los sabré castigar.
Arist. No ocupo yo ese lugar.
Alej. Pues vos sois uno de ellos.
Arist. Yo traidor ? Mi fe condeno,
si á ese título la igualo,

que nunca un maestro malo
sacó discípulo bueno.
Si ciencia entre los dos,
como padre repartí,
llamándome traidor á mí
es agraviaros á vos.
Por clases tan inhumanas
no pasó mi mocedad,
porque de estudiar lealtad
me salieron estas canas.
Yo traidor? Pesar de mí!
Os enseñé la licion
alguna vez con traicion,
cuando verdades leí?
Discípulo sin piedad
os halla mi pensamiento,
pues dándoos entendimiento,
me negais la voluntad.
Yo traidor? No viva, nó,
esta caduca ruina,
que pues murió mi doctrina,
es justo que muera yo.
Si en el honor me tocais,
la vida os puede decir,
que si os enseñó á vivir,
vos á morir la enseñais:
y pues con desprecio hallo
el honor en que me fundo,
conquistad, Señor, el mundo,
pues yo trato de dejallo:
que mas reinos, por igual,
os tengo yo grangeado,
adquirido, y conquistado
con el valor racional,
que cuantos en el abismo
de la ambicion puede haber;
pues os enseñé á vencer,
como sabeis, á vos mismo.
Y asi, maestro de honor
puede buscar el estado,
porque no esté acompañado
un Príncipe de un traidor.
Hace que se va.
Alej. Aristóteles, oid,
no os vais, que tengo que hablaros.
Arist. Qué es lo que me mandais?
Alej. Llegad,
y dadme luego los brazos,
por maestro, y por amigo.
Arist. En ellos os he criado;
pero brazos desleales
no son de un Príncipe.
Alej. Vamos
á lo que importa, que yo
os estimo como sabio,
y como tal, un consejo
os he de pedir, notando,
que mis palabras son leyes
de mi valor soberano;
y porque veais que tengo
de vos justa queja, al caso
hemos de ir, porque consiste
en él la vida de entrambos.
La nueva que me trajisteis,
cuando yo llegué á palacio,
de haber muerto la Duquesa,
no es cierta, porque fue engaño
de mi padre, presumiendo,
con este pretexto falso,
que yo casase con Julia;
en todo no he de culparos,
que las órdenes del Rey
obedecen los vasallos.
Octavia ha venido á verme,
que Federico, obligado
de su grandeza, le dijo
el secreto: yo he notado,
que se ha de perder el reino
si á Octavia le doy la mano
de esposo, porque con Julia
no ha de casar Alejandro.
Ya os descubrí mi secreto,
y pues de vos me he fiado,
ordenadlo de manera,
que queden asegurados
los tres Imperios de Grecia,
sin guerra aquestos estados,
Julia sin la pretension,
mi padre desenojado,
la Duquesa sin peligro,
y yo con ella casado.
Arist. El sabe todo el secreto: *ap.*
si Jupiter soberano
no pone su diestra aquí,
Troya ha de ser el palacio,
y el mundo; y asi conviene
luego al punto remediarlo.
Señor, vuestro padre viene,
luego hablaremos de espacio,
porque tan grave materia,
pide consejo muy sabio.
Yo lo dispondré de modo,
(asegurando el estado,
y cumpliendo con las leyes
de maestro y de vasallo)
que logreis vuestro deseo.
Alej. Mi honor pongo en vuestra mano.
Arist. Vos conocereis, Señor,
en lance tan apretado,
que Aristóteles ha sido
el Maestro de Alejandro.
Vanse, y salen el Rey, y el Infante.

Rey. Infante, siempre las leyes
de mas antiguo blason,
fueron con obligacion
las palabras de los Reyes.
Octavia vive, y será
vuestra esposa con efecto,
y entre los dos el secreto
debida esfera tendrá.

Inf. Ya sé, Señor, el intento,
y el secreto guardaré,
para que logre mi fe
tan felice casamiento.

Rey. A los Grandes he llamado
para que juren primero
por legítimo heredero
al Príncipe: ajustado
este decreto, despues
casará con la Princesa.

Inf. Con tan grande arbitrio, cesa
el militar interés,
que amenazaba, Señor,
este Imperio, y yo consigo,
siendo Alejandro mi amigo,
el mas divino favor;
pues siendo Octavia mi esposa,
en mí un esclavo tendreis.

Rey. Vos, Infante, mereceis
gozar la Duquesa hermosa,
pues con este casamiento,
y el de Alejandro, consigo
el triunfo del enemigo
Sirico, que con violento
escuadron pretende entrar
por vuestro reino.

Inf. Señor,
solo con vuestro valor
me pudiera yo alentar.

Rey. Vamos, para prevenir,
que esta noche el Parlamento
dé al Príncipe el juramento.

Inf. En todo os he de servir.

Vase, y salen la Princesa, y Tabaco.

Princ. Tabaco?

Tab. Señora? Aqui
(sabe Dios lo que me pesa) *ap.*
di en manos de la Princesa.

Princ. Fuiste á la guerra?

Tab. Si fui?
bueno es eso: en Montezumo
maté siete mil de un taco.

Princ. Y de qué suerte, Tabaco?

Tab. Dfles tabaco de humo.

Princ. Dime, el Príncipe?

Tab. De espacio.

Princ. No te tuvo por tercero
de Octavia?

Tab. No, que primero
tuvo su cuarto en palacio.

Princ. No eres tú del nuevo empleo
quien los papeles llevaba?

Tab. Sí señora, yo le echaba
las cartas en el correo.

Princ. De ti Octavia se fiaba
cuando la carta escribía?

Tab. La noche que yo venia,
siempre la hacia cerrada.

Princ. Sintió su infelice suerte?

Tab. Algo tiene dé homicida.

Princ. Hace estremos por su vida?

Tab. Por su vida y por su muerte.

Princ. Quiéreme?

Tab. A mas no poder.

Princ. Adora su muerta estrella?

Tab. No está tan ciego por ella,
que á ti no te puede ver:
y es tanto lo que prefiere,
despues que Octavia murió,
tu persona, que sé yo,
que en mirándote se muere.
Ayer me dijo en la mesa,
pues sin Octavia me quedo,
desde ahora, amigo, puedo
ver de espacio á la Princesa:
y desta razon se infiere,
pues ya se muere por verte,
de que no puede quererte
mas de aquello que te quiere.

Princ. Qué dices?

Tab. Lo que has oido,
y lo que yo he reservado
es propio para callado,
y mejor para reido.

Princ. Pues antes que jure el reino
por Príncipe poderoso
á Alejandro, y á su lado
me vea en el sacro solio,
le he de escribir un papel,
porque si ha de ser mi esposo,
me responda libremente
su sentimiento, que es propio
de quien escribe, decir
su pasion: ya el negro adorno
de la noche eclipsa el dia,
trae luz, y espera solo
en aquesta galería.

Pone luces, y siéntase á escribir, vase Tabaco.

Tab. Aqui la luz acomodo.

Princ. Empiezo á escribir.

Tab. Y yo
me retiro poco á poco.

Al paño Octavia.

Oct. Del castillo vengo, y todo
el palacio anda revuelto:
por estar el Rey con otros
Príncipes, no pude entrar
por mi cuarto, y es forzoso
por el de Julia. Qué veo!
Aqui el peligro es notorio:
el Rey viene, obre el ingenio,
pasemos de aqueste modo
delante de mi enemiga.

Pasa delante de Julia muy severa, y se admira.

Princ. Válgame el cielo! Qué asombro!
Qué horror! Octavia no es esta?
Sin duda del sacro trono
de los dioses ha bajado.
Duquesa, yo dudo como
el Rey, Alejandro, el cielo,
Federico, Arnesto, Astolfo.

Salen el Rey, y todos.

Rey. Princesa Julia, qué es esto?
Princ. Señor, con severo rostro,
la difunta Octavia, ahora
fue relámpago á mis ojos:
yo vi á la Duquesa.
Rey. A quién?
Princ. A Octavia, que dando asombro
con los rayos de su ira,
la exhalacion de su enojo
á la noche.
Rey. Qué decís?
Alej. Orden traigo para todo *ap.*
de Aristóteles. Princesa,
ese fue engaño notorio:
la imaginacion ofrece
semejantes alborotos
al ánimo.
Inf. Asi es verdad,
porque representa á todos
las mas vecinas especies,
y asi produce estos monstruos,
visibles en lo aparente.
Rey. Sosegaos, que vuestro esposo
es Alejandro, no prive
esa vision, ese asombro
en vuestro ánimo constante.
Alej. Por mi dueño os reconozco;
y para que al alba sea
nuestro noble desposorio,
á jurar vienen los grandes
este lazo misterioso:
sosegaos.
Princ. Vida habeis dado,
ó Príncipe generoso,
con estas nobles palabras,
á mi corazon heroico.

Sale Aristóteles.

Arist. Octavia vino, Señor,
ya está todo prevenido.
Rey. Dése principio á la fiesta.
Arist. Las damas con alborozo,
por principio de alegria,
antes que el lazo amoroso
logre el debido trofeo,
representan en el trono
de Jupiter, pues que bajan
fingidas diosas al solio,
una comedia festiva,
y despues de ella, con adorno,
y magestad, jurarán
por Principes poderosos
á Alejandro, y la Princesa,
cuyo regio capitolio
es, Señor, el que la vista
infunde respeto y gozo.
Rey. Empiécese la comedia.
Arist. Los instrumentos sonoros
suspenden con su armonía
los mas elevados coros.
Dama 1. Quien vive de lo que adora,
ninfas sagradas del mar,
poco tiene de infelice,
mucho goza de deidad.
Dama 2. Felicidad y hermosura
tarde se suelen juntar,
que el sol de la dicha tiene
por norte la vanidad.

Por los dos lados de el tablado vengan dos damas con dos apariencias, ó aracelis, cantando hasta el tablado.

1. Diosa del Parnaso, al solio
de la Princesa bajad,
vereis en dulce Himeneo
la Diana que adorais.
2. El bello clarin de pluma,
turbado del cielo ya,
con voz sonora salude
la délfica magestad.
1. Diosa de Jupiter sacro,
Aurora, y casto lucero,
bajad á dar luz á la tierra,
goce la tierra del cielo.

En acabando esta música, baja Octavia en una nube ó trono al tablado.

Rey. No es Octavia la que miro!
Inf. Octavia no es esta, cielos!
Princ. No fue vana mi ilusion.
La Duquesa.
Oct. Deteneos
Sacro Emperador Filipo,
Principes de Grecia excelsos,

Octavia soy, que he bajado
de los palacios etereos,
por mandado de los dioses,
á darle la mano luego
de esposa al Príncipe.

Alej. Lo que ordenaron
los dioses obedecemos
los Príncipes, y en el solio
nos jurará todo el reino
por Príncipes soberanos.

Rey. Alejandro, qué es aquesto?

Alej. Obedecer de los dioses
el divino mandamiento.

Rey. A mi grandeza este agravio?

Arist. Gran Señor, lo que los cielos
ordenaron, fuerza humana
no se opone á su decreto.
El Príncipe, gran Señor,
tiene las fuerzas del reino,
Octavia de la prision
vino á verle con secreto:
yo como muy fiel vasallo,
porque estos nobles Imperios
con guerra no se abrasasen,
dí al Príncipe este consejo.
La palabra que habeis dado
al Infante.

Inf. No la acepto,
supuesto que adora Octavia
al Príncipe: y desde luego
suplico al Emperador
confirme lazo tan regio.

Rey. Mi palabra ha de cumplirse,
dándole la mano luego
el Infante á la Princesa:
llevando en dote el Imperio
de Siria. *Princ.* Yo lo confirmo,
pues lo ordenaron los cielos.

Alej. Y yo, y Octavia, Señor,
por favores tan supremos
besamos tus pies reales.

Tab. Porque demos fin con esto
al Maestro de Alejandro,
perdonando nuestros yerros.

FIN.

VALENCIA: IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. AÑO 1825.

Se hallará en su misma librería, calle nueva de San Fernando, núm. 64, junto al Mercado. Igualmente un gran surtido de retacería, estampas pintadas y negras, comedias, sainetes y unipersonales.